



Enrique Arenz

No confíes en tu biblioteca

Cuentos en poliedro

EDITORIAL DUNKEN

Enrique Arenz

No confíes en tu Biblioteca

CUENTOS

Diseño de tapa: Enrique Arenz

Correo electrónico del autor: Enriquearenz@Gmail.com

Página web: www.enriquearenz.com.ar/

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso den la Argentina

© 2006 Enrique Arenz

© 2011 Enrique Arenz (versión digital)

ISBN-10: 987-02-2197-1

ISBN-13: 978-987-02-2197-5

EDITORIAL DUNKEN

BUENOS AIRES

2006

NO CONFÍES EN TU BIBLIOTECA

“Una mujer muerta a golpes y un anciano herido con dos impactos de bala fueron hallados ayer por la Policía en una casa ubicada en Salguero N°... de esta Capital, cuya puerta de entrada no había sido violentada.

“Los investigadores no descartan ninguna hipótesis: crimen pasional, ajuste de cuentas o simple robo”.

Del diario *La Nación*, 23 de abril de 1979.

PRIMERA PARTE

El enigma de los libros perdidos

1

Algunos de mis casi siete mil libros comenzaron a desaparecer misteriosamente. El primero fue una biografía de escritores; después, *Moby Dick*, de Melville, y *Principios de política*, de Benjamín Constant. Un día echo de menos a *Rayuela*, de Cortázar; al tiempo, a *Un amigo de Kafka*, de Isaac B. Singer. Curiosa deserción libresca que también se llevó a mis preferidos para la relectura: *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig, y *Vida de Abraham Lincoln*, de Domingo F. Sarmiento.

¿Prestarlos? ¿A quién? Si desde aquella vez que me asaltaron, vivo encerrado en esta casa, no le abro a nadie, (excepto a Etelvina, que viene los lunes a hacer la limpieza), no tengo parientes y mis pocos amigos han muerto.

Esas inexplicables pérdidas me inquietaron; pero como en los últimos años, tal vez por la edad, no le doy importancia a las cosas que me rodean, me despreocupé, me dije que probablemente yo mismo, en

mis habituales distracciones, había ido dejando esos libros en distintos cajones o rincones de algunas de las muchas habitaciones de esta casa.

Pero un día estaba yo en la biblioteca repasando los títulos, estante por estante, cuando la hilera que venía examinando se me trunca abruptamente ante un vacío inconcebible. Ahí debían estar los cuatro tomos de *El Quijote*, en la edición ilustrada de W. M. Jackson, pero sólo quedaban sus marcas, todavía intactas, en el polvo de la madera.

Esto me alarmó seriamente; no recordaba haber tomado en años uno solo de esos valiosos volúmenes encuadernados en tela negra. ¿Estaré perdiendo la memoria?

Mi vida no es igual desde que compré esta casa. Antes vivía en un departamento de tres ambientes, y como tenía los libros desparramados por todas partes nunca encontraba lo que buscaba. Pero al mudarme aquí, después de que falleció mi esposa, lo primero que hice fue incorporar mis propios libros a los que ya estaban en los tres grandes muebles que cubren dos paredes completas del amplio estudio ubicado en el contrafrente. A todos los ordené por temas y autores. Meses me llevó inventariar y alinear todos esos libros para perderles ahora el rastro sin motivo ni explicación.

2

Lo del Quijote perturbó mi tranquilidad. Esa noche no pude dormir. Mi dormitorio está justo al lado de la biblioteca. Enfrente, cruzando el pasillo, están la cocina, el baño de servicio y una alacena donde Etelvina guarda los artículos de limpieza. Desde aquella vez que me asaltaron y me hirieron gravemente me trasladé a este sector alejado para sentirme más protegido. Las habitaciones principales, el comedor y el vestíbulo, están separados de esta ala por un largo pasillo que yo casi nunca recorro.

Por las noches se oyen ruidos en la casa. Tengo un oído extremadamente sensible, y más de una vez esos rumores me han causado insomnio y hasta un poco de temor, pero en realidad se trata de los crujidos normales de la vieja madera, habituales en toda casa antigua, y que a veces, a la distancia, se confunden con un sollozo reprimido.

Pero esa noche, desvelado por la desaparición de *El Quijote*, estaba yo más alerta que de ordinario y noté que uno de esos sonidos era distinto. Fue como un roce seguido de la caída de un objeto sobre el escritorio de roble de la biblioteca. Me levanté de un salto, tomé el arma que tengo ahora siempre a mano (un revólver calibre 38), salí al pasillo y me dirigí cautelosamente a la biblioteca. A medida que me acercaba a la puerta se hacían más audibles algunos traquidos del piso de pinotea, como los que causarían los pasos de una persona. Una tenue línea de luz se insinuaba por debajo de la puerta. Escuché sin moverme durante algunos segundos. Tintineo de un llavero, seguido de un suave gemido metálico. No había duda: alguien abrió y, segundos después, cerró una de las puertas vidriadas de la biblioteca. No se me ocurrió otra cosa que agacharme y mirar por el ojo de la cerradura. La luz de la biblioteca era muy escasa porque se fueron quemando varias lámparas de la araña y yo nunca me ocupé de reemplazarlas. No había ninguna persona en mi restringido ángulo de visión (sólo veía el escritorio), aunque ahora se oía una voz engolada que declamaba un poema. Una mirada más detenida me hizo ver algo absurdo, tan absurdo que mi mente racionalista lo rechazó en el acto: por encima del escritorio, como suspendido en el aire ¡había un libro abierto! Pensé sin dudarle que la poca luz me hacía percibir, a través del diminuto orificio, una visión distorsionada de la realidad. Alguien estaba allí con un libro en sus manos, aunque yo sólo veía ese objeto por una mera ilusión óptica. Decidido a todo, levanté el arma, giré el picaporte y abrí la puerta de un puntapié. La hoja maciza golpeó estrepitosamente contra la pared de la izquierda. Instantáneamente el

libro cayó sobre el escritorio, pero no había nadie detrás de ese mueble ni en ninguna otra parte de aquella poco iluminada sala. Asustado me acerqué al escritorio y miré el libro que había quedado abierto: era *La Divina Comedia*. No me atreví ni a tocarlo. Luego ocurrió algo objetivamente aterrador: la puerta de la biblioteca se cerró repentinamente, y detrás de ella me pareció oír como pasos presurosos que se alejaban hacia el sector de la casa que da a la calle Salguero.

Quedé paralizado por el miedo, pero reaccioné enseguida. Tenía el arma y estaba dispuesto a usarla. Salí de la biblioteca para buscar al intruso pero no encontré a nadie en toda la casa, y la puerta de entrada, la que da al zaguán, estaba cerrada con llave y pasador desde adentro.

3

Yo no creo en fantasmas, pero los fenómenos que había observado anunciaban a gritos la presencia de espíritus vagando por la casa, y ellos eran sin duda los que se robaban mis libros. En el momento en que abrí la puerta de la biblioteca, el libro cayó sobre el escritorio. ¿Por qué se produjo ese suceso tan extraño? No encontraba más que una respuesta: un espectro invisible estaba leyendo el libro en voz alta y cuando irrumpí en el lugar, la sorpresa, y quizás el susto —porque a lo mejor los muertos son tan asustadizos e impresionables como nosotros los vivos—, hizo que cayera el libro de sus manos. Luego huyó de la biblioteca y cerró la puerta al salir.

Esa madrugada revisé habitación por habitación, excepto la que está siempre cerrada y que nunca pude abrir con ninguna de mis llaves. Fue entonces cuando tomé conciencia de ciertos cambios que se producían habitualmente y a los cuales yo, por esa indiferencia mía a la que me referí antes, apenas si les concedía una distraída atención. Pequeñas cosas, sin ir más lejos, esa habitación clausurada que mis

llaves no pueden abrir, o cambios en la ubicación de los artículos de limpieza; o prendas de vestir que solían aparecer sobre alguna silla, o colgadas en el perchero del vestíbulo; o esas carpetas que a veces encontraba en distintos lugares...

Pero puesto a recordar sucesos raros, ¿y cuando aquella noche la puerta de mi habitación se abrió sola? “Una corriente de aire”, me dije con mi habitual aturdimiento. Está bien, podría ser, pero ¡qué tontería de mi parte seguir convencido de esa supuesta causa cuando unos minutos después se apagó la luz del velador con un sonoro clic de la perilla y la puerta volvió a cerrarse suavemente!

Claro, todas esas impresiones que yo venía registrando maquinalmente, y que siempre achaqué al hecho poco saludable de vivir aislado, ahora me resultaban significativas y reveladoras de que estoy conviviendo con gente muerta que deambula por la casa.

Pero si había fantasmas al menos parecían inofensivos, porque, salvo llevarse mis libros, cambiar algunas cosas de lugar, hacer oír ocasionalmente sus voces y abrir y cerrar puertas, nunca se habían metido conmigo.

Me resigné, entonces, a la idea de esas presencias sobrenaturales que se me antojaban menos peligrosas que los vivos. Porque desde que sufrí aquel ataque criminal le tenía mucho miedo a la gente, y frente al riesgo cierto que representaban las personas de carne y hueso, ¿qué podían hacerme los muertos más que asustarme un poco? Eso sí, dejé de ir a la biblioteca, confieso que por cierta aprensión que nunca pude superar. Intuía que ese era el lugar predilecto de ellos.

Sin embargo, curiosamente, a partir de aquel desagradable suceso, no oí más ruidos desde esa sala ni volví a ver luz por debajo de la puerta. ¿Seguirán desapareciendo mis libros? Bueno, paciencia, eso ahora no me preocupa mayormente. ¿Acaso no estuve una vez a punto de vender toda la biblioteca a la librería de viejo *Romano*? Sí, así es, me iba a desprender de todos aquellos libros, y sin ningún remordimiento, porque tenía la idea de salir a recorrer el mundo. El

librero estuvo una tarde entera revisando la biblioteca y quedó en hacerme una oferta. Después me asaltaron y ya no quise volver a tratar con nadie.

Creo que puedo prescindir momentáneamente de los libros y dedicar todo mi tiempo a ordenar mi colección de estampillas.

El lunes vino Etelvina. No quise comentarle lo de la otra noche para no asustarla. La pobre quedó muy mal desde que esos truhanes se metieron en la casa. Me impresiona verla fregar obsesivamente esas manchas de sangre que todavía persisten en el piso. Enjabona la pinotea, restriega con el cepillo, mira la marca rebelde y mueve la cabeza decepcionada. Nunca me habla, no me mira, ni siquiera me saluda cuando llega y cuando se va. No es para menos, pobre, debe de sentirse avergonzada y culpable por su imprudencia. “El cartero...”, dijo como hablando consigo misma, y abrió la puerta sin fijarse.

SEGUNDA PARTE

Confidencias de una biblioteca

“El escritor dirá entonces: loco, no puedo; sano, no querría; sólo soy, siendo neurótico”

Roland Barthes

Señor, aceptaré el pacto que usted me propone porque necesito un lector que acaricie tiernamente las tapas y páginas de mis libros, alguien que goce intensamente con las historias y los teoremas que yo le proporciono, y que al mismo tiempo me cuide y me proteja.

Comenzaré por confirmarle lo que usted ha intuido con notable perspicacia: sí, algunas bibliotecas, las que reunimos, ciertos textos que no voy a revelar (aunque sospecho que usted terminará por descubrirlos), nos transformamos en seres vivos inteligentes. Se entiende, las bibliotecas como un todo orgánico: los muebles, con sus estantes siempre polvorientos, cenefas talladas en la noble madera, candelabros y herrajes de bronce, puertas y vidrios, que son nuestra estructura física, y los libros, que en las bibliotecas importantes, formadas con cultura y espiritualidad, son algo así como las neuronas de nuestro complejo cerebro.

¿Ha reparado usted en la belleza formal que tenemos casi todas las grandes bibliotecas cuando estamos artísticamente construidas y nuestras oscuras tablas se hallan colmadas de enciclopedias, colecciones y abundantes ejemplares de encuadernación artesanal? Sí, ya sé (evite lastimarme con gestos despectivos), a los humanos cultos les cuesta hablar del supremo valor estético que poseemos por aquello de que los libros no son ni deben ser objetos de adorno. ¡Vaya prejuicio culturoso! Sólo la gente que no lee suele exclamar ante nosotras: “¡Qué hermosa biblioteca!”, porque los intelectuales como

usted jamás se permiten la debilidad de elogiar delante de otros esta cualidad nuestra tan superlativa. Pero en la intimidad, en el secreto de sus corazones ¡cómo aman ustedes esa cosa tan atractiva que es una silenciosa e imponente biblioteca, con sus bien ordenados libros de todos los tiempos, de exquisitos lomos nervados, rojos, negros, verdes; con encuadernaciones a la holandesa, con lomos de piel; o a la inglesa, con tapas de cuero flexibles y puntas redondeadas; o a la italiana, con vitela o pergamino muy fino y tejuelos de piel bruñida, que encandilan con los destellos dorados de sus florones y estampaciones!

O sea que las bibliotecas no sólo alimentamos el afán de conocimientos de las personas e invitamos a practicar esa sensualidad incomparable que es la lectura, también deleitamos y serenamos los espíritus epicúreos con la visual de nuestra imponente fachada en la que los libros resaltan por su quietud sobrecogedora.

En esos raros momentos de intimidad se produce un suceso misterioso: compartimos el placer que sienten ustedes al leer nuestros libros, disfrutamos del clímax que les provoca el final de un cuento perfecto, o nos estremecemos juntos en la montaña rusa de una sucesión de metáforas poéticas, o ante una revelación científica que, para nuestro goce visual, los deja a ustedes dulcemente exhaustos, con el corazón acelerado y los ojos cerrados, en una voluptuosa culminación.

¡Los libros! Usted que escribe lo sabe mejor que nadie, en cada uno de ellos está concentrado el esfuerzo y la pasión de un autor que vivió nada más que para observar lo que otros no ven, meditar lo que otros no piensan, y crear con esa materia mundos insólitos. Y de un editor (¡no olvidemos a los editores, esos chivos expiatorios de las frustraciones literarias!), que lo materializó para multiplicar su voz. *La Eneida*, la *Iliada*, la *Odisea*, las *Tragedias* de Esquilo, las *Obras completas* de William Shaquespeare, Sófocles, Eurípides, Horacio, Proust y su *Tiempo perdido*, los veintitantos volúmenes de Sigmund

Freud, los incontables universos de Jorge Luis Borges y la lírica de Rubén Darío, de Alfonsina, de Rimbaud, cuánta riqueza acumulada en esas páginas amarillentas que al ser abiertas despiden bocanadas de aliento ácido, olor de recluso tiempo viejo que excita las ansias de lectura.

Lo noto como sorprendido. ¿Ah, es por eso? No lo dude: las bibliotecas vivientes somos muy sensibles, casi hiperestésicas. Vemos, oímos, disfrutamos y padecemos todo lo que pasa en nuestro derredor, amamos a los lectores consecuentes y odiamos a los que nos desairan o nos maltratan. Vemos a los vivos que nos frecuentan y también a los muertos, que son nuestros compañeros más constantes y entrañables, porque, aunque usted no lo crea, las bibliotecas recibimos más visitas de muertos que de personas vivas. Debe de ser porque los muertos sienten que aun habiendo vivido una dilatada existencia no han leído lo suficiente. ¡Y cuánta razón tienen! Si en toda una vida no se llegan a leer ni dos mil libros, y la Biblioteca Nacional de París, solamente, debe de andar ya por los cinco millones de ejemplares. Entonces esos difuntos desean llenar su eternidad leyendo obsesivamente todo lo que se ha escrito e impreso en el mundo, para lo cual tienen ahora tiempo de sobra. Y, por supuesto, nos encanta contemplar a los vivos como usted, que leen arrellanados en un cómodo sillón frente al escenario majestuoso que les ofrecemos nosotras.

¿Perdón?, no entendí su pregunta... Ah, claro, vivos y muertos no se ven entre sí, por suerte. Esos dos planos de la realidad no pueden comunicarse. Pero, atención, si hay un punto material, un lugar físico, en el que confluyen y llegan a rozarse esas dos existencias incompatibles, ese lugar es siempre el entorno de una biblioteca.

A nosotras nos divierte cuando un espectro y un ser vivo se encuentran sin verse frente a nuestros anaqueles. Pueden pasarse inadvertidos si se limitan a mirar los títulos de los lomos, hábito compulsivo que practican interminablemente las personas cultas, antes y después de muertas. Pero si uno de ellos toma un libro, el otro,

horrorizado, ve moverse el ejemplar, pero no puede ver al que provoca el movimiento. Y no sólo eso, a veces, nuestra misteriosa gravitación abre algunas grietas en esa ley que separa lo natural de lo sobrenatural, y vivos y muertos, aún sin verse, pueden llegar a percibirse recíprocamente.

Los muertos, por su misma naturaleza, ignoran muchas de las cosas que los rodean —están siempre como adormecidos, embotados, tanto que a veces ni saben que están muertos (y es lógico que así sea: nadie soportaría la eterna incorporeidad si continuara en permanente estado atencional sobre las vicisitudes de la vida)—, y sólo se concentran en alguna actividad que no pudieron realizar o completar en vida, entre ellas leer interminablemente.

¿Cómo...? No..., no lo sé. Ninguno de mis libros explica eso. Conjeturo que solo quedan pensando aquí aquellas almas que en vida fueron agnósticas, o sea, la mayoría de los intelectuales, y permíteme esa risita que se me escapó.

Le digo que las bibliotecas privadas preferimos a los muertos, ¡los idolatramos!, porque ellos están más cerca de nosotras, se apegan con más cariño a nuestros libros y se abstraen de otras necesidades y pasiones que invariablemente ocupan la atención de los vivos, siempre tan volubles y atareados. ¡Ah, cómo nos irrita, cómo nos violenta sorprender a estos frívolos cuando, frente a nosotras, se distraen en otros placeres que no sea el derivado de nuestra belleza material o espiritual!

Además, con los muertos no estamos expuestas al más horrible de nuestros destinos posibles que es la infame desintegración; es decir, a que un buen día nuestros dueños o sus herederos nos malvendan, y que en consecuencia nuestros libros vayan a parar a mil indecorosos lugares. Preferimos el fuego de Alejandría. El miedo a padecer ese espantoso desmembramiento, triste final de tantas bibliotecas privadas, exagera nuestro instinto autodefensivo hasta extremos inauditos.

(...) No, esa pregunta no se la voy a contestar.

Pero déjeme hablar un poco de mí. Como verá, soy una biblioteca compuesta por tres hermosos muebles instalados hace muchos años en este antiguo caserón de la calle Salguero. Me veo a mí misma en ese espejo que está detrás de usted y considero que soy atractiva como pocas. Y no lo digo por vanidad... No, no se ría; es así, de sobra sabemos las bibliotecas que todos los autores que cobijamos murieron o morirán descontentos con la obra que lograron. Si bien muchos se suicidaron —algunos por amores contrariados, como Leopoldo Lugones o Alfonsina Storni, otros por causas ignoradas, como Ernest Hemingway—, los más hubieran querido una segunda vida para aprender mejor el oficio, y aún una tercera, para escribir la gran obra que ambicionaron y que nunca, sin excepción, creyeron haber alcanzado. No, no podríamos ser vanidosas las bibliotecas sin contradecir nuestra propia esencia tejida con ilusiones, sacrificios, desencantos y fracasos. Sólo estoy proclamando sin falsa modestia lo que los humanos, sobre todo los intelectuales como usted (¿usted es creyente?, no, se lo pregunto sólo para saber si vamos a seguir viéndonos en la eternidad...), lo que los humanos, le decía, se empeñan en silenciar: que las bibliotecas somos la cosa visualmente más bella y conmovedora que puede haber en una casa, en un palacio o en una universidad.

Pero mi caso, como el de muchas bibliotecas privadas, es muy singular. Al contrario de lo que les ocurre a las bibliotecas públicas o semipúblicas, a mí me han visitado hasta ahora muy pocos lectores. En los últimos años sólo he recibido los halagos de un vivo y de un difunto, quienes en cierta ocasión se encontraron frente a mí. Sí, me divertí mucho con el episodio. Lamentablemente la experiencia les fue tan desagradable que ninguno de los dos ha vuelto a pisar esta sala donde ejerzo mi fascinación y mi poder. He pasado mucho tiempo en soledad anhelando que alguien sacuda el letargo de mis libros.

Por suerte hoy apareció usted y, para mi grata sorpresa, hizo lo que nadie había hecho jamás con una biblioteca, se paró ante mí y me habló, me habló dulcemente, me elogió, me dijo tantas cosas bellas acerca de mi inteligencia, de mi sabiduría universal, de mi maravilloso contenido, que no pude resistirme a contestarle. En una palabra, me sedujo y si he de serle sincera, aunque usted no haya ponderado mi hermosura externa, y aun en la sospecha de que me mintió un poco en sus halagos, igual me encantó entregarme a usted.

Bien, ahora le contaré lo que sé de esa historia que usted quiere escribir y habré cumplido mi parte del trato. Luego usted deberá cumplir la suya: deberá poseerme, llevarme con usted, visitarme de tanto en tanto, dedicarme algunas tardes para la lectura y, sobre todo, preservarme, con claras disposiciones testamentarias, de la temida desintegración.

TERCERA PARTE
Hechos inexplicables

1

En el otoño de 1984 el abogado Julián Nicanor Castellani se estaba separando de su esposa. Buscó una casa por Almagro o por Palermo, que le sirviera a la vez de vivienda y de estudio jurídico. Luego de recorrer varias inmobiliarias encontró lo que buscaba. En la calle Salguero había una casona muy antigua que estaba deshabitada desde el fallecimiento de su último propietario. El inmueble había pasado a manos de un acreedor hipotecario que parecía dispuesto a venderla a cualquier precio. Julián visitó la casa y quedó encantado. En ella podría ubicar a sus tres empleados, atender a sus clientes y usar algunas habitaciones como vivienda. La edificación databa de por lo menos un siglo, pero estaba muy bien cuidada y conservada. El abogado compró la casa y habilitó de inmediato la sala, el comedor y dos habitaciones próximas a la calle como dependencias de su estudio jurídico.

2

Julián Nicanor permaneció unos meses en el hotel donde se había alojado tras su separación, por lo que estaba pocas horas diarias en su nueva propiedad. Todavía no había podido revisar cuidadosamente ni la biblioteca del fondo (cuyo contenido bibliográfico, visto a la disparada, lo había deslumbrado), ni otras habitaciones equipadas con roperos, cómodas y armarios en donde había algunas prendas de vestir y distintos objetos del último habitante.

Una noche conoció a una mujer y la llevó a la casa. Fue entonces cuando notó por primera vez que entre esas viejas paredes sucedían cosas extrañas. Estaba con la ocasional amiga en el cómodo sofá de la biblioteca (como se trataba de una intelectual, la había llevado allí para impresionarla) cuando repentinamente, y en el momento más exigente del encuentro, sus espasmos fueron acompañados (o, más bien habría que decir, interrumpidos) por un sacudimiento violento y ruidoso de las puertas vidriadas de la biblioteca. Inicialmente el abogado atribuyó el episodio a algún leve movimiento estructural, habitual en las casas viejas. Pero lo que vino después superó toda conjetura posible: algo parecido a una voz sofocada exhaló como un prolongado lamento, aparentemente desde algún lugar de la sala. Alarmado y desconcertado, el abogado se vistió rápidamente, revisó la sala, miró por todos lados y luego salió al pasillo para averiguar la causa de esos hechos insólitos. ¿Había sido una voz humana, o un sonido de otra naturaleza? Sintió miedo cuando observó que había luz en la habitación contigua, aparentemente un dormitorio de servicio que aún no había podido revisar. Abrió la puerta cuidadosamente. No había nadie en el lugar, aunque lo impresionó la decoración de lo que era o había sido un dormitorio. No tenía ventanas, sólo una claraboya en el techo. Había una cama de hierro con cabecera de latón que lucía desordenada, como si alguien la hubiera estado usando, una mesa con grandes cajas encima, y un secreter abierto con muchos sellos postales desparramados, una lupa y varios catálogos de filatelia. El mobiliario se completaba con un ropero de grandes dimensiones y una mesa de luz con un velador encendido. Pero lo que le produjo un escalofrío fue la percepción de cierta presencia intangible en aquel lugar. Trató de conformarse diciéndose que tal vez alguno de sus empleados había estado curioseando por allí esa tarde, travesura que solían hacer cada vez que él se ausentaba, y por distracción dejó encendida la luz. Apagó el velador y regresó a la biblioteca donde su amiga, pálida y

comprensiblemente atemorizada, ya se había vestido y permanecía de pie, impaciente por irse cuanto antes de aquella casa.

3

El abogado olvidó enseguida el confuso y nunca aclarado incidente. Al poco tiempo dejó el hotel, trasladó todas sus pertenencias a la casa y se instaló en uno de los dormitorios cercano a las dependencias usadas como oficinas, cuya puerta había hecho blindar por su seguridad.

Comenzó a sentir una gran fascinación por la biblioteca. Revisaba todos sus estantes y cada tanto se llevaba algún libro para leerlo en su habitación o en sus frecuentes viajes. Había encontrado una joya: *Don Quijote de la Mancha* en una antigua edición ilustrada de cuatro tomos. También descubrió con asombro tres libros inhallables del antropólogo y criminalista Cesar Lombroso: *Genio y locura*, *El hombre criminal* y *El hombre delincuente*. Y escondida detrás de la enciclopedia *Espasa Calpe*, como avergonzada de su desnuda rusticidad, estiraba su polvoriento bostezo una colección completa de las novelas policiales de *El séptimo círculo*.

El doctor Castellani vivió plácidamente en la casa de la calle Salguero hasta que volvieron a ocurrir cosas. Además de los ruidos nocturnos, a veces le parecía observar pálidos reflejos de luces que se encendían y se apagaban en el sector del fondo. No era un hombre supersticioso, pero comenzó a darle cierta pavora de permanecer solo por las noches en ese lugar. Hasta que se produjo un fenómeno que le quitó el aliento y lo decidió a abandonar definitivamente la casa.

Una noche, después de cenar, se encerró en la biblioteca como solía hacerlo cada tanto. Repasó con deleite los títulos de los

atractivos lomos y se detuvo en uno que halagó su espíritu cultivado. Se trataba de *La divina comedia* de Dante Alighieri, traducida en verso por Bartolomé Mitre. Abrió la puerta vidriada y tomó amorosamente el volumen editado por Sopena en 1938 (originariamente en rústica pero luego bellamente encuadernado en cuero por algún artesano) y comenzó a hojearlo con delectación. Actor aficionado en sus tiempos de estudiante, no resistió la tentación de leer en voz alta los primeros tercetos: “*En medio del camino de la vida / errante me encontré por selva oscura / en que la recta vida era perdida*”.

Buena voz la del abogado, impostada con arreglo al arte y a las leyes de la fonación. Vibraban con sonoridad las palabras dantescas en el profundo silencio de la casa cuando al abogado le pareció oír como un levísimo roce sobre la puerta de la biblioteca. Estaba parado detrás del escritorio con el libro abierto entre sus manos. Quedó inmóvil, expectante. De pronto, con un estruendo que pareció una explosión en medio de aquel silencio, la puerta de la sala se abrió violentamente y rebotó contra una pared lateral. Del sobresalto dejó caer el libro sobre el escritorio. Una oleada de adrenalina repartió alfilerazos por todo su cuerpo. Paralizado por la impresión, permaneció con la vista fija en el vano de la puerta esperando ver al causante de aquella brusquedad. No apareció nadie, pero era evidente que esa puerta había sido abierta por alguien. Debió hacer un esfuerzo para superar el miedo que lo inmovilizaba. Con el sudor frío corriéndole por la espalda, salió de la biblioteca, cerró la puerta y caminó aceleradamente por el largo pasillo hasta llegar a su dormitorio. Cerró con llave la puerta blindada y se dejó caer sobre la cama, pálido y agitado.

A la mañana siguiente, con el malhumor y las ojeras resultantes de una noche de insomnio, fue directamente a la oficina de la persona que le había vendido la casa. El prestamista, muy nervioso, le salió con evasivas, pero ante la insistencia del doctor Castellani y sus severas advertencias de que le iniciaría una demanda por haber

procedido de mala fe, terminó por admitir que se había desprendido de la casa porque estaba embrujada, o poseída por algún espíritu maligno.

Cuando el abogado le pidió precisiones sobre el propietario anterior, le contó que se trataba de un profesor jubilado, viudo, de unos 75 años a quien él mismo le había hecho un préstamo hipotecario porque el señor pensaba hacer un largo viaje por Europa y Oriente, y que unos días después de haber llevado el dinero a su casa fue asaltado por uno o varios sujetos que lo balearon a mansalva. También golpearon a una mujer que le hacía la limpieza, una tal Etelvina. La mujer murió desnucada en el acto, mientras que el viejo había fallecido en el Hospital Italiano luego de varias semanas de agonía.

EPÍLOGO

Carta de un homicida a su hijo

La carta que se transcribe a continuación fue hallada por el doctor Castellani al revisar el expediente judicial (para entonces ya cerrado y archivado) de los crímenes perpetrados en 1979 en la que luego fue su casa de la calle Salguero. La carta había sido interceptada por el servicio penitenciario y remitida a la Justicia. (La transcripción es literal; sólo se corrigió la puntuación para facilitar su lectura)

“Querido Beto: Cuando leas esta carta estaré muerto. Encontré la forma de amasijarme en esta leonera de máxima seguridad para criminales dementes. Mi decisión tiene que ver con el último trabajo que hicimos con mi compadre el difunto Serapio Leiva, que en paz descansa.

“Habíamos planeado asaltar a un viejo que vivía solo en una casa de la calle Salguero y que, según nos buchoneó un gomía de la doméstica, iba a llevar un toco grosso por la hipoteca de su propiedad.

“Fuimos a media mañana, tocamos el timbre y se asomó la sierva, la misma que había batido la posta. Fue sencillo empujar la puerta y meternos en la casa. El carcamán estaba leyendo el diario en el vestíbulo; lo encañonamos y le exigimos la guita de la hipoteca. Nos suplicó que no les hiciéramos nada, que nos iba a entregar el dinero. Me llevó hasta la biblioteca que está en el fondo de la casa. Serapio se quedó en el vestíbulo vigilando a la puloy. Entramos en una sala grande con impresionantes bibliotecas en las paredes, de esas que se ven en las películas, que llegan hasta el techo y tienen una escalera con rueditas para alcanzar los estantes de arriba. Me entregó una llave y me dijo que el dinero estaba detrás de unos libracos marrones y

gordos como diccionarios, en uno de los estantes más altos. Le ordené que se quedara ahí nomás donde estaba. Ni se te ocurra moverte porque sos boleta, le advertí. Corrí la escalera, trepé como seis escalones, abrí la puerta y busqué al tanteo detrás de la hilera que me señaló el punto. Metí la mano izquierda detrás de los libros (con la derecha sostenía el fierro, para que te ubiques) y toqué los bultos de varios fajos de billetes. Saqué el primero y me enloquecí: eran verdes de cien. Y había mucho más en el escondite. La codicia y los nervios me trastornaron, comencé a sudar y a temblar.

“Lo que sucedió luego no tiene explicación ni la tendrá nunca para mí. Estaba manoteando nervioso los pacos que faltaban cuando oigo como un chamuyo en el interior de la biblioteca. ¡Sí, adentro, entre los libros, la puta que lo parió! Parecían palabras confusas, como de alguien que trata de hablar pero se le cierra el gañote. Cagado y confundido me quedé musarela unos segundos, acerqué la oreja al interior de la biblioteca para escuchar mejor, y entonces sí pude oír clarito una voz ronca de mina cabaretera que me dijo: «Cuidado, nabo, el viejo te está por matar». ¡Me había olvidado del jovie! Sobresaltado al oír esa prevención, ni lo pensé, me volví como una luz y disparé dos veces sobre el pobre cristo que estaba en el mismo lugar, inmóvil y asustado.

“Embagayé toda la guita que encontré y rajé del lugar como piojo del querosén. Cuando Serapio supo que había matado al cusifai decidió liquidar también a la mina, para que la yuta no fuera a atar cabos. Y ahí nomás le rompió el cogote de un biabazo, para no gastar balas, dijo.

“Cuando al día siguiente nos encontramos en el aguantadero de la villa Delfina para repartirnos la mosca, el muy gonca del Serapio me recriminó y me insultó a lo pavo: ¡Qué necesidad tenías de matar al viejo, tarado, hijo de una gran...! ¡Doble homicidio al pedo! ¿No tenemos códigos? ¡Nunca matamos sin necesidad! Hablaba como un descosido, ¡cómo me cafeteó el cabrón!, que la gorra iba a rastrearnos,

y que esto y lo otro y lo de más allá... ¿Por qué lo hiciste, retardado comemierda?

“No tuve ganas de explicarle nada. ¿Para qué, Beto?, si yo mismo no tenía la más puta idea de lo que me había pasado en esa maldita biblioteca. Comencé a tartamudear como rastrojera ahogada mientras el Serapio me seguía bardeando. Creo que yo ya estaba colino. Si no, ¿por qué agarraría esa faca y lo mataría al Serapio con treinta puntazos? ¿Por qué, pregunto yo? Y después de cocerlo, ¿por qué lo descuartizaría y desparramaría sus pedazos por el piso, la cama y afuera de la casilla, hablando solari y a la vista de los vecinos?

“Al final se había preocupado al cuete el Serapio. Si los covani nunca supieron que fuimos nosotros los asesinos del viejo y de su sirvienta. A mí me encanutaron por haberlo espichado al Serapio. Me hicieron una pericia psiquiátrica que le dicen y me declararon inimpetrable o inimpunable, algo así, qué sé yo. Dicho en crioyo, estoy colibriyo, tengo todas las baldosas flojas, y por eso me recluyeron en esta galera por el resto de mis días.

“Pero vos te preguntarás por qué voy a matarme. No es por la gayola, estoy acostumbrado a estar guardado. ¿Acaso no estaba preso cuando naciste vos, y también cuando ya grandecito tuviste aquel accidente? Más jodido que eso... No, soy lechuza cascoteada, creo que eso podría aguantarlo. Lo que no soporto, Beto, eso sí que no, y quiero librarme de ese tormento, es oír permanentemente en mi cabeza aquella horrible voz rasposa, de puta vieja, que me embalurdó cuando todo estaba saliendo bien. No sé de dónde vino, la escuché entre los libros, y me chamuyaba a mí, como si... ¡la propia biblioteca me hubiese usado para cometer ese crimen inútil!”

Nota del autor: Esta historia me la contó un extravagante personaje que se decía poeta y escritor de novelas policiales a quien conocí en la editorial cuando intentaba publicar el único libro que había logrado terminar. Me atrajo fuertemente su

personalidad de intelectual excéntrico y desamparado. Esa noche fuimos juntos a cenar. Se tomó varias botellas de vino y habló sin parar, como si se desahogara de una larga abstinencia verbal impuesta, imagino yo, por su familia, sus vecinos, la sociedad toda, que le escapa a este tipo de habladores neuróticos y monocordes. Ya borracho, me dijo que la casa de la calle Salguero había sido demolida en 1986 y que él le compró la biblioteca al doctor Castellani. Los libros y los muebles habían sido cuidadosamente trasladados a los suburbios de la ciudad de Mendoza e instalados en un enorme sótano de su casa (que había sido en otros tiempos una bodega artesanal) que le servía al poeta de estudio y refugio personal.

Esa noche lo llevé en taxi a su modesto hotel de la Avenida de Mayo y nunca lo volví a ver, aunque le hablé varias veces por teléfono desde Mar del Plata. Su tema era siempre el mismo, y, sinceramente, yo no quería que me hablara de otra cosa. Es que me fascinaba su delirio, y necesitaba escuchar los sucesos desconocidos que incorporaba en cada nueva comunicación. Siempre excitado y verboso me habló hasta de una sociedad secreta de bibliotecarios demiurgos; de que había identificado finalmente los libros (“títulos inconcebibles”, los calificó sin otra aclaración) que, reunidos, daban vida a la biblioteca, y que con sólo quitarle uno de esos ejemplares su existencia comenzaba a extinguirse. En la última conversación telefónica lo noté apagado y mentalmente declinante. Me confió, bajando el tono de voz, que la biblioteca había dejado de hablarle, aunque él lo seguía haciendo, permanentemente, porque sabía que ella era el único ser (aparte de mí, me aclaró agradecido) que lo escuchaba con interés. A veces le parecía ver el movimiento de algún libro, otras entreveían un amoroso guiño en el reflejo de alguno de sus vidrios. Puso un gran espejo frente a ella para que se mire todo el tiempo, porque sabía que eso era lo que la hacía más feliz. “Ya casi no salgo de este sótano —me confió con tono de resignación— estoy siempre con ella, leyendo o escribiendo borradores mientras ambos escuchamos música de Chopin. Cuando me canso, dormito en el sillón de lectura; es entonces cuando percibo sus caricias, y a veces también su aliento”.

Este personaje, cuya identidad no revelaré por pedido de su familia, fue hallado muerto en su sillón de lectura. Había bebido whisky hasta reventar. Viajé a Mendoza a título de “amigo” y con el pretexto de darle el pésame a su familia. Tal como era de suponer, su viuda y sus dos hijas no habían tenido una buena relación con el finado (“Vivía en su mundo, no entendía lo cotidiano ni soportaba las exigencias de la vida real”). Sus últimos meses los pasó encerrado en el sótano desintegrándose lentamente. Me di cuenta de que la mujer odiaba a la biblioteca y quería sacársela de encima. (“Mamotreto; ocupa mucho lugar; ¿quién tiene tiempo para leer?”) Pensé: ¿no será esta mujer tan imprudente de querer vendérsela a una librería de viejo?

Se la compré y me la traje a Mar del Plata.

EL ESPEJO DE HIELO

Era marzo de 2002. Terrible momento para la Argentina: colapso económico, pavoroso desempleo, millones de familias en la indigencia, desorden social y violencia en las calles. Pero si algo inflamó de odio el corazón de la gente, fue la incautación de los depósitos bancarios, despojo conocido en todo el mundo con el remoquete de «*corralito financiero*».

Mi esposa y yo, golpeados por estas calamidades y temerosos de que nos quitaran o nos devaluaran el poco dinero que nos quedaba, decidimos gastarlo en un viaje a la Patagonia y huir por una semana de tan desesperante realidad. Propósito tan ingenuo, dirá usted □ ¡y le doy la razón! □, como hacer la plancha en el borde de una catarata.

Fuimos primero a Ushuaia, capital de Tierra del Fuego, y luego a El Calafate, pequeña villa turística ubicada en el sudoeste montañoso de la provincia de Santa Cruz.

De Ushuaia diré solamente que hicimos las excursiones obligadas: Lago Escondido, Canal de Beagle, los turbales y el Trencito del fin del mundo. También visitamos la antigua cárcel de Ushuaia, donde lo más divertido es la historia del Petiso Orejudo, feroz asesino de niños afectado por malformaciones lombrosianas (enormes orejas y un desproporcionado pene, según cuenta el guía a sabiendas de que este último dato, disparador de fantasías, es el que más les gusta a los turistas), y que al cabo de muchos años de buena conducta terminó matando al gato del penal, crimen por el que los mismos presidiarios lo condenaron a muerte por golpes y patadas.

Pero fue en Santa Cruz, durante la excursión al glaciar Upsala y a la estancia Cristina en el parque nacional Los Glaciares, donde sucedieron los hechos que me propongo narrar.

Éramos un contingente de unas treinta personas de distintas edades, aunque predominábamos los “indeterminados”, de entre cincuenta y sesenta años, típicos personajes de la orgullosa clase media, ahora mortalmente herida por la pérdida de sus ahorros.

El grupo era homogéneo: todos parecían jaraneros y dispuestos a pasarla bien, pero se veía en lo profundo de aquellas miradas joviales un viso de amargo resentimiento. Había una excepción que de entrada llamó la atención de todos: un anciano alto, de gruesos bigotes blancos, muy dicharachero y bromista que iba acompañado por su esposa y llevaba curiosamente un viejo paraguas desabrochado. Más tarde supimos que el anciano se llamaba Cosme y que tenía 81 años (su esposa era bastante más joven). Resultaba notorio —por algunos indicios que no podían escapar a un observador sensible (o sensibilizado, hágase usted cargo de esta sutileza)— que la pareja estaba más allá de los avatares económicos que afligían a los demás. Los dos tenían esa expresión serena y autosuficiente de los que habían zafado del «corralito» y conservaban sus dólares en el extranjero o en alguna caja de seguridad.

Luego de navegar durante algunas horas entre imponentes témpanos azulados pudimos admirar la grandiosidad del glaciar Upsala desde el brazo norte del Lago Argentino. Allí, ante esa desmesurada acumulación de nieves milenarias transformadas en hielo, tuve la primera sensación de estupor, algo así como una ligera pérdida de la conciencia, pero nada serio ni comparable con lo que me sucedió más tarde.

Al cabo de una larga sesión fotográfica, donde todos competimos por posar contra la baranda de popa, con los hielos eternos a nuestras espaldas, reanudamos la navegación, y, ya sobre el mediodía, desembarcamos en la estancia Cristina para almorzar un exquisito cordero patagónico al asador e ir luego en dos grandes vehículos todo terreno a la parte más alta de un cerro desde donde podríamos

observar el mismo glaciar pero desde arriba. Un tramo del camino de cornisa se recorrería en los vehículos, y la parte final, caminando.

Ascendimos entre saltos, barquinazos y violentos sacudones. La subida era difícil y accidentada. No habíamos hecho ni la mitad del trayecto cuando por un desperfecto mecánico nuestro vehículo quedó clavado en el camino barroso. El que venía detrás también debió detenerse, ya que el nuestro había obstruido totalmente el estrecho sendero.

Hubo que pedir auxilio mecánico por radio, pero como tardaría bastante en llegar, las guías de ambos vehículos, poniendo la mejor buena onda para que los turistas no nos fastidiáramos, nos reunieron y nos propusieron hacer el resto del trayecto caminando, ya que —nos engañaron miserablemente— no era mucha la distancia que nos había quedado por recorrer a bordo de los vehículos. Don Cosme, contento y animoso, fue el primero en dar su consentimiento.

Como era una excursión de aventura en la que expresamente se incluían algunas caminatas y otras incomodidades, la gente aceptó el desafío, aunque algunos protestaron y plantearon sus reservas. Pero aún los más remisos, como veían en el viejito de 81 años la mejor disposición para afrontar la caminata, quizás por vergüenza, quizás por amor propio, decidieron finalmente largarse a la aventura.

Comenzamos a marchar por un desfiladero pedregoso, enrevesado y en algunos tramos anegado (había llovido el día anterior), que de pronto se empinaba hasta el agotamiento y luego nos daba el respiro de una breve bajada para volver a subir. Nuestras guías nos iban explicando la conformación geológica del enigmático terreno. A nuestra derecha teníamos un precipicio por cuyas honduras se extendía la estepa patagónica de pastos de hojas duras con su vegetación de la zona adaptada a la escasa humedad y fuertes vientos, y a nuestra izquierda la ladera del cerro con profundas marcas oblicuas, como los rasguños de una gigantesca criatura en agonía, talladas por el glaciar en su lenta retirada. Vimos sobrevolar un cóndor

(ave carroñera que sólo aparece cuando avizora un cadáver o cuando intuye la inminencia de alguna muerte), observamos sorprendidos un fósil marino de la era jurásica y admiramos una extensa superficie pétrea increíblemente pulida por el deslizamiento del glaciar, revelaciones sorprendentes que nos alegraron el espíritu y nos hicieron olvidar por momentos las fatigas del ascenso.

Todos mirábamos de reojo a don Cosme que, del brazo de su mujer y apoyándose por momentos en su paraguas, avanzaba pausadamente, con evidente dificultad, pero sin quejarse. Al contrario, hacía bromas y demostraba una envidiable fortaleza. Subimos, subimos y subimos. La caminata no terminaba nunca. Se notaba que hasta los más jóvenes estaban cansados. Yo, que, como insinué antes, no soy ni viejo ni joven, comenzaba a experimentar dolores articulares en las rodillas y un cansancio corporal de sombrío pronóstico.

El viejito había quedado retrasado. Avanzaba cada vez con mayor lentitud, pero siempre con firme determinación y sin declinar su aire de persona satisfecha de la vida. Todos sentíamos por él cierta ambigua preocupación. Como estábamos exhaustos, nos costaba admitir que ese octogenario siguiera a la par de nosotros.

Francamente estábamos haciendo un esfuerzo excesivo y hasta peligroso para personas sin entrenamiento. Las jóvenes guías asumieron una responsabilidad grave al proponernos hacer esa recorrida a pie, seguramente para no afectar los intereses de su empresa. Creo ahora que en otras circunstancias los turistas se habrían rebelado y hasta podrían haber exigido, con todo derecho, la devolución del importe de la excursión. Pero el ejemplo del viejito fue como un freno inhibitor de toda queja.

De tanto en tanto nos deteníamos a descansar. Era cuando todos esperábamos la llegada de don Cosme que cada vez se demoraba más. Cuando lo veíamos aparecer respirábamos aliviados. Sin que nadie hiciera un solo comentario, pensábamos que si aquel esfuerzo no

llegaba pronto a su fin, el pobre anciano podría llegar a sufrir serias consecuencias.

Llegamos a la planicie donde debieron habernos dejado los vehículos. A partir de ahora había que iniciar el tramo de ascensión a pie previsto por la excursión. Ese último trecho fue abrumador para todos. Mucho más debió de serlo para don Cosme, pero él seguía impertérrito. “Voy bien, voy bien”, exclamaba en su tono simpáticamente camandulero cuando las guías o solícitos compañeros de aventura (casi siempre los más jóvenes) le preguntaban si se sentía en condiciones de continuar. “No se preocupen por mí”. En algunos tramos había que sortear desniveles abruptos apoyando los pies en cavidades y salientes rocosas.

Cuando ya no podíamos dar un paso más, alcanzamos la meseta final. Estaríamos, no sé, a más de 2.000 metros sobre el nivel del mar. Desde esa explanada pudimos contemplar, debajo de nosotros y en una perspectiva sobrecogedora, la inmensidad helada del glaciar Upsala. Tomamos cientos de fotografías y nos sentamos a descansar.

Y fue en ese preciso momento cuando me ocurrió de nuevo, aunque esta vez las consecuencias fueron más... perdurables. Me habían dicho (aunque yo no creo en esas cosas) que el glaciar Upsala tiene efluvios mágicos. Otras versiones más serias dicen que por momentos, no siempre, produce extraños efectos alucinógenos. La dilatada quietud, sus destellos azulados, el silencio profundo, casi material, que lo rodea desde el fondo de los tiempos, provocaría como un estado hipnótico en quienes lo contemplan. Sea lo que fuere, recuerdo que experimenté una intensa somnolencia acompañada de confusos pensamientos y visiones disparatadas. El glaciar se transformó en una gigantesca plataforma teatral (ahora, a la distancia, lo veo como un virtual espejo de hielo que proyectaba una imagen metafórica y deformada de la fea realidad que todos allí intentábamos olvidar) con miles de actores en caóticas y violentas actitudes: ahorristas que entraban a los bancos y agredían a sus gerentes, y luego

se enfrentaban con otros ahorristas que habían logrado recuperar sus depósitos; desocupados que linchaban empresarios y atacaban a otros trabajadores que tenían empleo; frenéticos acreedores, perjudicados por la “pesificación” de sus acreencias en dólares, que apedreaban a deudores beneficiados por la “pesificación” de sus deudas; multitudes que invocaban el vacío de poder y procuraban el desquite brutal; y un coro de políticos corruptos, magistrados prevaricadores, empresarios ricos de empresas quebradas y banqueros infieles, que alababan el *default* de la Argentina. Finalmente todos los actores se insultaban y peleaban entre sí en una especie de coreografía fantasmagórica de la indignidad. Desde el fondo del glaciar comenzaron a surgir siluetas humanas, miles y miles de lúgubres siluetas sin rostro, como recortadas en papel blanco, que avanzaban con ondulante morosidad y rodeaban a los beligerantes con gesto doliente. Una gran mancha roja se expandía rápidamente por todo el glaciar y escurría por su frente vertical en lánguidos y goteantes hilos.

Una ráfaga de viento helado lastimó mis mejillas y la mortificante pesadilla se disipó.

Casi pegada a mí, una mujer de mediana edad, con anteojos tipo culo de botella, contemplaba absorta el glaciar. “¿Lo ha visto?”, le pregunté, todavía aturdido por la visión. “Claro, cómo no lo voy a ver...”, me contestó secamente.

Usted opinará que me habré adormecido por el cansancio y soñé esa secuencia atroz. Lo acepto, pero aún hoy persiste en mi mente cierta insoportable certeza de haber permanecido lúcido y consciente durante esos espectrales sucesos. Esos y otros aún más perturbadores que ocurrieron más tarde, y sobre los cuales mi esposa y yo hemos mantenido un recíproco y enfermizo silencio.

A los premios llegó el anciano, acompañado esta vez por una de las guías que había retrocedido para asegurarse de que estaba bien. Jadeante, se sentó sobre una roca y comenzó a chacotear con nosotros:

“Ustedes se preguntaban ¿aguantará el viejito?, pues aquí me tienen, mejor que ustedes”.

Uno de los turistas le preguntó cómo se animaba a hacer esas excursiones a su edad. “Es para librarme de mis nietos”, respondió jocosamente. “¿Tiene muchos nietos?”, preguntó una de las guías. “Cuarenta y ocho”. “¡Cuarenta y ocho nietos!”, exclamaron varios; “¿Y cuantos hijos tiene?” Esta vez contestó la esposa: “Diez”, dijo orgullosa y sonriente en su única y escueta intervención verbal. (Era de ese tipo de mujeres en extinción que están siempre en admirativo silencio, pendientes de lo que dice el marido). “¿Y se acuerda de los nombres de todos?” “Me acuerdo todos los nombres... aunque, claro, a veces no coinciden. Para peor, algunos tienen nombres repetidos”. “¿Y les hace regalos a todos?”. El viejo, que seguramente siempre esperaba esta pregunta, hizo una pausa histriónica y contestó: “Una vez hicimos con mi mujer un viaje al exterior y teníamos que traerles regalos... les compré un mazo de naipes”.

Todos le festejamos la chanza. Era gracioso y encantador el anciano. Nos contó que los nietos más lindos eran tres hermanitos huérfanos adoptados por una de sus hijas. Que todos sus hijos, nueras y yernos eran maravillosos, que Dios había sido muy generoso con él por todo lo que le había dado. (“Claro, pudiste eludir el corralito”, imaginé que pensaban todos).

Don Cosme podría haber hablado horas de su familia con el mismo amor y sentido del humor, y nosotros seguramente no nos habríamos aburrido de escucharlo. Al contrario, el relato de esa existencia afortunada y sin problemas económicos alimentaba placenteramente el rencor que todos llevábamos dentro.

Pero las guías dieron la orden de regresar. Por radio habían comunicado que aún no terminaban de reparar el vehículo atascado, por lo cual debíamos volver a caminar la misma distancia en sentido inverso.

El descenso fue más duro que la subida porque estábamos todos en las últimas. Yo me sentía malhumorado por el ajetreo e imaginaba que tendría dolores musculares durante toda la semana. Me preguntaba si vinimos a descansar o a enfermarnos. Los demás también estaban extenuados. Bajamos lentamente. Don Cosme se fue quedando porque apenas daba un paso, paraba, daba otro paso y paraba, hasta que lo perdimos de vista.

Tardamos una hora en desandar todo el camino. Finalmente llegamos a los dos vehículos que estaban, ahora sí, orientados hacia el Este, con los motores en marcha y la calefacción encendida, listos para continuar el descenso hasta el embarcadero. Nos tiramos literalmente en nuestras butacas. Faltaba el viejito Cosme que, como dije, se había quedado muy atrás. Pasaban los minutos y el anciano no aparecía. Comenzamos a pensar con toda lógica que le había pasado algo. Nadie hablaba, tan sólo mirábamos ansiosamente hacia atrás a la espera de novedades. Observé, con una lucidez exaltada que ahora no termina de sorprenderme, que los demás tenían esas miradas crepusculares que yo, en mis largos años de enfermero de hospital, había visto en personas sedadas que en las noches, por causa de horribles pesadillas inducidas a veces por la medicación, se incorporaban en la cama, dormidas pero con los ojos abiertos.

De pronto vimos aparecer por el oeste la altiva, aunque ahora vacilante, figura de don Cosme, apuntalado por su esposa y la joven guía, con sus bigotes itálicos desordenados y el rostro desencajado, subiendo en cámara lenta la última loma del camino. Las exclamaciones fueron como de sorpresa, o tal vez... ¿de alivio? Pero no, el sentimiento real de aquellos obsesos era, ahora me doy cuenta, la más cruda decepción, el más grande de los fracasos.

Estaría el viejo a menos de veinte metros de los vehículos y a centímetros del precipicio cuando se le aflojaron las piernas. Las dos mujeres trataron angustiosamente de sostenerlo. Cuatro turistas saltaron de sus asientos para correr hacia él. Tuve la intención de

interponerme, pero mi mujer me miró suplicante y me tomó del brazo a tiempo. Después fueron los otros los que con sus miradas crepusculares bajaron de los vehículos y se abalanzaron sobre el viejo, sin decir nada, excepto por ese raro gruñido que parecía brotar de todas las gargantas.

CONTRACTURA

Todo comenzó como una molestia en el cuello, y terminó en una terrible contractura que anudó unos flejes retorcidos en mis hombros y mi espalda.

Menos el diván o el confesionario (porque ventilar mi sótano intelectualivo ante alguno de esos profesionales del arte de escuchar, no era música de mi repertorio) probé inútilmente todos los tratamientos.

Conviví años con ese suplicio que no me dejaba descansar ni ser cuidadoso en mi trabajo. No dormía más que de a ratos, sin poder encontrar en la cama una posición con menos dolor.

¿No se anima a consultar a un psicólogo?, me sondeó el especialista luego de un largo suspiro de impotencia. ¿Está loco?, ¿tirarme en un diván para deshilachar intimidades?; ese no es arpegio de mi pentagrama. El médico, que siempre retrucaba mis metáforas musicales, tronó divertido: ¡Ni calderón de mi redonda!; pero lo suyo viene de muy atrás; yo no descartaría un origen emocional... Tendría que ir *dal capo al seño*... (rió estúpidamente) ¡Como semifusas en fuga! En fin, por ahora siga tomando este relajante.

Un día mi jefe me llamó para señalarme un inadmisibles error administrativo. ¡A mí, que siempre fui una máquina de precisión en mi rutinaria tarea! Me disculpé con humildad y soporté en silencio la monserga de ese sujeto odioso que parecía feliz de haberme pescado por fin en una falla grave.

Me suspendieron por tres días. No dije nada, porque para mí el empleo era lo más importante, y cuidarlo, el objetivo de mi vida, aún al precio de aguantar los peores abusos.

No pasó mucho tiempo hasta que volví a tocar *El Choclo* en lugar de *La Cumparsita*. Me mandaron al depósito del subsuelo donde mis malestares se agravaron por el frío y la humedad.

Tampoco me defendí esta vez. ¿Qué iba a decir, que la contractura me impedía concentrarme en mi trabajo? Se me reirían en la cara; nadie cree que una contractura muscular puede ser tan seria como para inutilizar a una persona todavía joven.

Una mañana no pude levantarme. Pasó un día, y otro, y otro. Cuando el portero limpiaba el pasillo le grité que avisara al trabajo. Vino un médico y tocó el portero eléctrico. Casi arrastrándome, bajé desde el tercer piso. El médico, molesto porque no me vio en la cama, informó que si pude bajar por las escaleras no debía de estar tan mal. Me despidieron por abandono del trabajo.

Cuando recibí el telegrama casi ni me importó, estaba tan abatido, tan harto de todo. Pero cuando lo pensé con esa menguada lucidez que de a ratos chispeaba en mi cerebro, comprendí que me quedaba desempleado y enfermo; y si no ponía al día los alquileres atrasados no tardarían en desalojarme. Asustado, me vestí como pude y fui hasta la empresa a pedir reconsideración.

Me recibió el jefe de personal. Al verme se le torció la cara en una involuntaria mueca de desagrado. No obstante se mostró amable, aunque dejó de mirarme a los ojos. Traté de hacerle entender que había bajado para atender al médico porque vivo solo desde que mamá se suicidó. Rogué, imploré, pero el jefe me recordó que yo había incurrido en dos negligencias graves. Por lo tanto...

Salí a la calle, tembloroso, convulsionado, dominado por el miedo y la exasperación. El dolor de mis brazos era insoportable, pero mi depresión era peor. Entré en un bar y pedí una ginebra. Para mi sorpresa el dueño se negó a atenderme. Váyase a su casa, me dijo con cara de asco. ¿Por qué, si pienso pagar mi consumición? Váyase, usted no puede permanecer aquí. ¡Cómo dice! ¿Se está burlando de mí, mamarracho? El patrón retrocedió temeroso y buscó a alguien con la mirada. Un sujeto corpulento me tomó suavemente del brazo para sacarme del lugar. Hice un brusco amago defensivo y el dolor me encegució. ¡Sacame las manos de encima, bruto hijo de perra! El hombre aumen-

tó su presión sobre mi dolorido miembro. En el mostrador había una tabla de salamines y quesos, y encima de ella un cuchillo de fiambre-ro, de esos largos y de hoja angosta. Lo tomé instintivamente y le hice al provocador un certero tajo en la garganta. Me soltó y comenzó a roncar al ahogarse en su propia sangre mientras se iba desplomando a los manotazos sobre los salamines, las aceitunas y varios platitos de losa que se iban rompiendo contra el piso.

El patrón y todos los que estaban allí quedaron paralizados. ¿Qué espera?, le grité, ¡sírname la ginebra que le pedí! Temblando, me llenó un vaso hasta desbordarlo. Lo bebí de un trago, dejé cinco pesos sobre el mostrador y me fui tranquilamente del lugar.

Cuando regresé a mi departamento y me vi en el espejo comprendí por qué me habían querido echar del bar: despeinado, barbudo, con los ojos enrojecidos y lagañosos y con la ropa ajada y mugrienta, parecía un vagabundo borracho. ¡Y con esa traza había ido a pedir que revieran mi despido!

Me tiré en la cama y ya no me levanté hasta que vinieron a desalojarme. Cuando el oficial de Justicia me vio postrado, hediondo y tan débil que no podía ni hablar, me hizo llevar a un hospital, mientras los operarios cargaban mis muebles y pertenencias y los dejaban en la vereda.

Me tuvieron un tiempo internado hasta que un juez ordenó mi reclusión en un hospital psiquiátrico, donde ¡ironías de la vida!, terminé sumisamente acostado en el diván de un psicólogo.

Por alguna razón que ignoro me mantienen aislado de los demás internos. Periódicamente me llevan custodiado a terapia grupal con drogadictos, zoófilos, necrófilos, y psicópatas, curiosa comunidad cuyos lamentos y confesiones me aburren espantosamente. Y un día por semana voy al gabinete del psicólogo donde, ahí sí, sacudo todo lo que puedo la polvorienta bolsa de harina de mis recuerdos, mis fobias, mis rencores y mis pesadillas, aunque... airear esa tétrica zahúrda no haya sido corchea de mi tresillo. No pienso guardarme nada, ni olvidar, cla-

ro (eso es muy importante) mi conducta en el trabajo, donde siempre fui un empleado modelo.

¿La contractura? Bueno, se me fue pasando, se me fue pasando... y ahora ya no me duele nada.

Lo extraño es que a las pocas sesiones se produjo el primer reemplazo. Desde entonces ya me cambiaron varias veces de profesional. Nadie me explica las razones de esos relevos. Escuché que a uno le dio un pico de presión, y que otro salió pálido y sudoroso de nuestra última entrevista. Fue cuando les conté detalladamente lo de mamá, mi vida con ella, lo que hicimos con papá después de aquel disgusto, y la muerte de ella, inesperada, dolorosa, de una cuchillada en la garganta.

TRES MENSAJES PARA ALEJO TERBONER

“La vida de cada hombre es un camino hacia sí mismo, el intento de un camino. Ningún hombre ha llegado a ser él mismo por completo.”

Hermann Hesse

PRIMER MENSAJE

De: “Dr. Alejandro Terboner”
Para: Alejo <alejoterboner@mail.com>
Enviado: Jueves, 4 de febrero de 3043
Asunto: Muy importante.

Alejo, confío en que tu espíritu abierto y tu atracción por los sucesos extraños te harán leer hasta el final esta carta cuyo objetivo es ponerte sobre aviso de ciertos acontecimientos que deberás evitar.

Empezaré por decirte que estoy en el año 3043.

Sí, Alejo, léste bien: año 3043, cuarto milenio. Este mensaje viene desde tu futuro, y en el momento de escribirlo ¡tengo 1.083 años de edad!

Trataré de explicarme. Alrededor de 2035 la ciencia logró derrotar a casi todas las enfermedades físicas, entre ellas la vejez, que, como vos sabés, es un trastorno de la salud que interrumpe el proceso de renovación celular. Yo ya tenía setenta y cinco años cuando un ingenioso procedimiento monoclonal basado en la lectura del genoma humano descifró el enigma de los telómeros y le ganó la partida a la senectud. ¡Extraordinario hallazgo que nos dio nada menos que la inmortalidad! A mí me agarró un poco tarde, y por eso quedé con mi aspecto (digámoslo con finura), de galán maduro; pero lo importante es que mi declinación se detuvo. Para entonces eran muy pocas las patologías in-

vencibles: algunas formas raras de cáncer, el mal de Reig, la esclerosis múltiple y dos o tres más cuyas curas demoraron todavía un siglo.

En aquellos primeros tiempos quienes pudimos pagar nuestro estudio genético y posterior tratamiento —inicialmente sólo accesible para los muy pudientes— quedamos para siempre como estábamos. Durante un largo y convulsionado siglo, la minoritaria “clase social” de los inmortales convivió penosamente con masas de pobres que envejecían y morían sin remedio. Hubo rebeliones, anarquía y crímenes por esta intolerable desigualdad, hasta que el beneficio alcanzó a todos.

Los niños crecen y llegan a su pleno desarrollo, pero a partir de los veinte años cesan en su evolución biológica y, por supuesto, nunca envejecen.

Para abreviar: hoy vivimos en un mundo de jóvenes “veinteañeros” con unos cuantos con la apariencia de treinta o cuarenta y algunos veteranos de cincuenta, sesenta o más años (“viejos primigenios”, se nos denomina oficialmente), donde no hay enfermedades fisiológicas ni malestares serios. Como te imaginarás, tampoco hay problemas económicos en un mundo donde no se necesitan muchos hospitales ni hacen falta obras sociales ni cajas de jubilación, y con una tecnología tan avanzada que los trabajos rutinarios, pesados o desagradables los hacen los robots y las máquinas automáticas. Hasta la burocracia estatal fue derrotada por las hipercomputadoras que hacen todas las tareas oficiales, tramitan expedientes electrónicos y resuelven los problemas administrativos sin necesidad de funcionarios públicos.

Pero la parca no se bajó del caballo, y se lleva gente a montones por una de estas causas:

Por accidente. Cuando vivís siglos, un día errás un escalón, te distraés al cruzar una calle o pisás el jabón en la bañera.

Por homicidio. Los crímenes no han podido desterrarse de la sociedad. Es que en una larga vida activa donde la rivalidad y la competitividad nunca cesan, y los desencuentros y las afrentas se acumulan insepultos, perdés amigos y ganás multitudes de enemigos.

Por ajusticiamiento. No es posible tener encerrados a los criminales por toda una eternidad, y la gente decente no quiere verlos eternamente sueltos. Así que todos los países han debido aplicar la pena de muerte para los delitos aberrantes.

Por causa de las guerras. Esa tragedia tampoco pudo eliminarse totalmente. Ahora vivimos un período de paz y de libertades civiles, pero tuvimos cinco guerras mundiales espantosas y padecimos regímenes genocidas peores que los del siglo veinte.

Por suicidio asistido. Esta causa de muerte merece un comentario especial. Cuando ganamos la inmortalidad comprobamos lo que ya se sospechaba en la antigüedad: la vida interminable puede ser tediosa, dolorosa y hasta insoportable. A mí eso todavía no me sucedió porque me la paso cambiando de actividades y estudiando nuevas carreras. Ya llevo acumulados trece títulos universitarios y domino casi todos los idiomas. Pero a las personas sencillas que han perdido los siglos sin hacer nada creativo, a los mediocres, a los timoratos y a esa especie tan abundante de ignorantes contumaces a quienes el paso de los siglos sólo los ayuda a organizar su ignorancia pero no a ser más sabios o a entender el sentido de la vida, tarde o temprano les viene una terrible depresión. La neuropsiquiatría cognitiva los alivia transitoriamente, pero tarde o temprano toman la sabia decisión de irse de este mundo, y para ello la ley prevé un sistema de eutanasia voluntaria.

Los viejos primigenios somos pasto mojado para esas guadañas. Por eso nos han declarado grupo en extinción, y hasta quieren preservarnos, como si fuéramos una suerte de fósiles vivientes.

Te preguntarás cómo resolvimos el problema de la superpoblación. No fue sencillo pero tampoco imposible: primero construimos ciudades aéreas encima de los océanos, y después colonizamos Marte y varios satélites de Júpiter y Saturno, en cuyas inhóspitas superficies generamos previamente una atmósfera respirable y abundante vida vegetal. Te cuento que hasta ahora no encontramos a nadie en el Universo. No digo que no haya otras civilizaciones en el espacio infinito. Pero si

las hay, todavía no las hemos visto. Aún existen las organizaciones de estudiosos del llamado fenómeno ovni, cuyos siempre entusiastas miembros hablan y escriben sobre contactos, abducciones y otros extraños sucesos. Eso sí, los supuestos extraterrestres siguen volando en su anticuado plato volador, o en el clásico cigarro, modelos que ya debieran haber renovado.

Entonces, y por ahora, somos como los dueños de las galaxias. Hoy tenemos más de veinte planetas en proceso de precolonización con territorios distribuidos entre todas las naciones. Yo sigo en la Tierra por derecho de antigüedad (es más, aún vivo en nuestra casa de la ciudad de Luján, que hice restaurar no sé cuántas veces), pero los chicos de ahora, aunque nazcan aquí, deben trasladarse a algunos de los planetas colonizados. Te digo que nadie se hace problema porque es fácil y rápido comunicarse y viajar por el espacio.

Y ahora te cuento lo más asombroso: recientemente, gracias al desarrollo de lo que en el siglo XX se conocía como “mecánica cuántica” hemos logrado que ciertas partículas subatómicas (los *nētrons*, similares a los fotones o a los quarks, pero mucho más pequeñas) superen la velocidad de la luz, con lo cual podemos también viajar a través del tiempo, aunque por ahora tan sólo “virtualmente”. Veamos: Einstein sostenía que para la lógica de Dios tenía que haber una velocidad cósmica límite, que ese límite era la velocidad de la luz, y que por eso no sería posible superarla. Bueno, en cierto modo, materialmente hablando, esa teoría se ha confirmado, y hasta ahora nuestros intentos de sobrepasar esa marca cósmica sumando velocidades sobre sucesivas plataformas en movimiento y mediante el uso de reactores de fusión nuclear que se alimentan de las partículas de hidrógeno que vagan por el espacio, han fracasado, aunque logramos, ¡fíjate vos, Alejo!, alcanzar el 99 por ciento de esa velocidad.

Pero ya en tu época se había observado que los impulsos eléctricos en las viejas computadoras iban casi a la velocidad de la luz. Pues

bien, partiendo de esa simple observación, la ciencia halló la forma de proyectar los *nētrons* a velocidades superiores a las de la luz.

¡Imaginate nuestra sorpresa cuando comprobamos que estas ondas perforaban el tiempo y regresaban como un rebote desde el futuro! Nos costó casi un siglo ordenar todo eso y lograr direccionar esas partículas hacia un *tiempo-espacio* futuro determinado, recoger el eco, decodificarlo, por así decirlo, y proyectarlo directamente a nuestro cerebro en forma de imágenes intranodosinácticas.

Yo quise saber qué pasaría conmigo dentro de otros mil años, así que me asomé (estúpidamente, lo reconozco) a esa dimensión. Por suerte la imprudente experiencia fracasó y sólo llegué a ver una fugaz y borrosa imagen que duró una fracción de segundos. He recordado después, que Freud sostenía que la pulsión de muerte se sustrae a la percepción si no está coloreada de erotismo... ¡viejo embrollón! Bueno, sensatamente no quise volver a intentarlo, por lo cual, felizmente, ignoro si en otros mil años estoy muerto o no. Me ahorré, entre otras ingratas revelaciones, el disgusto de ver mi transmutación. Te explico esto: el paso del tiempo no nos envejece biológicamente pero nos va cambiando, nos vuelve como cansados, taciturnos, malos, desconfiados, temerosos y abúlicos. Rasgos, miradas, gestos y mezquindades delatan ese implacable deterioro emocional, aún sin que la piel pierda lozanía. Se sabe, con sólo mirarlo, si un hombre tiene veinte años reales o tiene cien, quinientos, mil años. Muchos viejos primigenios, por ejemplo (no es mi caso, al menos por ahora), han dejado de reír y hasta de sonreír, y si alguna vez lo intentan... ¡Dios mío, es mejor mirar para otro lado!

Pero el último hallazgo científico basado en el mismo principio —todavía secreto, y al cual pude acceder porque colaboro como ingeniero de redes intergalácticas con el equipo de investigadores que trabaja en el proyecto—, consiste en enviar textos escritos hacia el pasado, como éste que estás recibiendo en tu pantalla. Esta es la primera prueba que realizamos con un destinatario identificable. Si todo sale

bien, vas a tener este mensaje en la bandeja de entrada de tu correo electrónico (en tu computadora y en el formato de los antiguos *e-mails*) el **domingo 3 de febrero de 2008**.

Antes de explicarte por qué elegí esa fecha precisa, quiero completarte este informe sobre el primer siglo del cuarto milenio. Te voy a contar algo sobre las religiones y la sexualidad humana, asuntos que te preocupan mucho.

Empecemos por las religiones. Lo que te voy a decir tiene el propósito de aliviarte en ese conflicto de conciencia que te viene torturando desde que ciertos impulsos personales comenzaron a interferir en tu vocación religiosa.

Nuestra Iglesia Católica, que ejerce predominio en la mayoría de las culturas occidentales, ha adaptado su doctrina a las ideas y los conocimientos de estos tiempos. Lo mismo ha hecho el Judaísmo y las otras Iglesias Cristianas. (Se cumplió la profecía del beato Joaquín de Fiore y hoy estamos en la edad del Espíritu Santo, con la unión en el diálogo y la diversidad de las tres grandes religiones monoteístas abrahámicas). Con decirte que hace ya quinientos años que la homosexualidad es aceptada como una opción natural, y las parejas gais hasta reciben el sacramento matrimonial.

Otra novedad es que la Iglesia instituyó el sacerdocio femenino. Pero, curiosamente, algo que siempre creímos que cambiaría se mantuvo igual: el celibato sacerdotal sigue siendo obligatorio en la Iglesia católica.

Las religiones siguen prometiendo otra vida después de la muerte, pero esa esperanza, dominante en otros tiempos, se ha ido diluyendo. Los creyentes estamos convencidos de que la vida eterna está aquí y ahora. Dios le dio a su criatura pensante la inteligencia y la voluntad para dominar la naturaleza, vencer con la ciencia todas las dificultades y lograr la prolongación interminable de la vida biológica. El fuego de la espada bíblica se apagó y pudimos regresar al Edén, por lo tanto no hay, no puede haber, otra vida. Y esta convicción colectiva se sustenta

desde el sentido común, porque si resulta insoportable para muchos (y creo que a la larga ha de serlo para todos) vivir eternamente y con todas las comodidades en este mundo, ¿quién podría soportar una vida eterna en situación incorpórea? Esa sí que sería una existencia intolerable por lo aburrida.

Entonces, cuando nos cansamos de vivir aquí lo que queremos es simplemente terminar con la vida, no pasar a otra también interminable y tediosa, con la desventaja de que una vez en ella ya no podríamos abandonarla voluntariamente.

Te preguntarás, a todo esto, qué pensamos acerca de Dios. Bueno, somos más creyentes y religiosos que en tu época. En primer lugar, porque creer en Dios es hoy más importante —tiene mayor jerarquía ontológica— que saber a ciencia cierta si Dios existe o es una invención humana (“*Bienaventurados los que creyeron sin ver*”, escribió San Juan); y en segundo lugar porque se ha impuesto definitivamente la teoría del «creacionismo o diseño inteligente», de la que ya hablábamos en el siglo XX, y según la cual la estructura celular es demasiado perfecta para ser obra del azar. No destronamos a Darwin, ya que nadie niega la hipótesis evolutiva. Simplemente desideologizamos el darwinismo e iluminamos su lado oscuro. Hay sin duda evolución, y esa evolución es parte de la interminable obra del Creador. En breves palabras, sabemos lo siguiente acerca de Dios:

Es el hacedor del Universo y de todo lo que existe dentro de él.

Es omnisciente y omnipotente.

Es infinitamente inteligente y sabio, y de estas dos condiciones absolutas deriva la más grande de sus cualidades: Dios es justo y su Justicia es perfecta.

No es, sin embargo, como creíamos en tu época, misericordioso, en el sentido humano del término, siempre relativo, inestable y condicional. Un dios misericordioso no podría serlo a medias, y la misericordia en términos absolutos no siempre sería compatible con la Justicia perfecta cuyo valor filosófico es superior a aquélla, porque un

acto de conmiseración hacia una persona, una familia o un pueblo, puede implicar una injusticia para otros. Dios decide y hace lo que debe hacer sin equivocarse, sin sensiblería ni vehemencias. Y los premios y castigos se reciben en vida.

Dios es omnisciente, pero, atención, por propia limitación su omnisciencia no le permite saber lo que va a ocurrirles a los seres humanos, individual o colectivamente. El *libre albedrío* que nos dio al crearnos nos hace únicos responsables de nuestros actos y sus consecuencias. Nosotros construimos nuestro destino con el pensamiento y las acciones. No puede saber el Creador lo qué va a hacer cada hijo suyo al día siguiente. Si alguien tiene el arrebatado de matar a un semejante, Dios se entera en el momento de la decisión, no puede anticiparlo ni prevenirlo, porque en ese caso restaría sentido y significación a la libertad que nos otorgó. Si una persona, por su imprudencia o su intemperancia, se expone o expone a otros a un accidente, Él nada puede hacer. Cuando nos hizo libres, coartó su propia facultad de tomar injerencia en nuestras conciencias y en nuestras determinaciones personales. Nos señaló el camino al darnos la Ley, pero nos dejó en libertad de elegir entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo correcto y lo incorrecto. A veces, eso sí, escucha un ruego, o atiende un pedido de la Virgen María, nuestra madre celestial, que sí es misericordiosa e indulgente, y decide intervenir para torcer un suceso. En este caso se trata de un milagro que, como siempre sucedió, se realiza como excepción, más que nada como testimonio de la existencia de la voluntad divina y como luz de esperanza para los débiles y desdichados.

Dios vivió siempre, y esto no es difícil de comprender racionalmente. Antes de crear el Universo el tiempo no existía, por lo tanto Dios no pudo tener un comienzo, ya que algo que “comienza” supone la existencia previa de los parámetros del tiempo; y como el Universo un día cesará de expandirse y se contraerá hasta extinguirse, es sencillo deducir que Dios tampoco tendrá un fin, ya que “finalizar” implica

una acotación en el tiempo, y el tiempo se habrá extinguido con el Universo. Por eso mismo se ha especulado que la omnipotencia de Dios tiene un límite: no puede poner fin a su propia existencia. Es decir, Dios no puede “suicidarse” (si exceptuamos, claro, el enigmático sacrificio de la Cruz). Estuvo siempre y deberá estar siempre, aun cuando el Universo desaparezca y todo vuelva a ser la Nada. Entendámonos, la Nada salvo la esencia pura que es precisamente Dios. Se supone que cuando esto ocurra creará otro Universo y todo comenzará nuevamente. Tal vez ya hizo ese ciclo muchas veces; es más, tal vez no haya un solo Universo sino muchos universos paralelos, cada uno con sus leyes perfectas y ciclos de vida, que, como fuegos artificiales, surgen, brillan y se apagan ante la mirada divertida del Creador.

Vayamos ahora a la sexualidad. Después de dos mil cuatrocientos años de prohibición sexual, un Papa senegalés pidió perdón *Urbe et Orbi*, el erotismo se desatanizó y el séptimo Mandamiento quedó circunscrito a su sentido original: una condenación del adulterio.

Las religiones han aceptado también el control de la natalidad por métodos no abortivos.

Por otra parte se terminaron hace siglos las discusiones sobre la orientación sexual de las personas. Está claro que hay solamente dos sexos, femenino y masculino; pero la ciencia ha demostrado que todos los humanos somos bisexuales por herencia genética de nuestro remoto origen hermafrodita, aun cuando la mayoría desarrollamos desde niños una preferencia por el sexo opuesto (antes llamados heterosexuales), y una minoría por su propio sexo (antes llamados homosexuales). Pero clasificar a las personas como heterosexuales y homosexuales en términos absolutos era conceptualmente erróneo. Ahora sabemos que todos tenemos naturales inclinaciones tanto hacia uno como hacia el otro sexo, aunque en dosis o proporciones muy variadas. En las preferencias sexuales hay grados intermedios que van desde la ambivalencia hasta la clara definición, aunque nunca esta definición es categórica. Es decir, no hay hombres ciento por ciento hombres ni mujeres

ciento por ciento mujeres. Yo, por ejemplo, nunca me permití una experiencia homosexual, pero reconozco que fue por negación prejuiciosa, porque en ocasiones he tenido fantasías extrañas. Pero en mi caso esas fantasías se relacionaron siempre con muchachos afeminados, de atractivo similar al de las mujeres, jamás con hombres de clara masculinidad, por lo cual me resigno a conceptuarme como un bisexual, pero con preferencia dominante por el sexo opuesto.

Hoy el matrimonio gay es algo normal y muy estable. Pero la libertad imperante y la búsqueda de la felicidad llega aún más lejos: es cada vez más frecuente que dos matrimonios gais, uno entre mujeres y otro entre hombres, convivan con el propósito de experimentar entre los cuatro todas las variables y potencialidades de la sexualidad. Para no hablar de las uniones heterosexuales de tres o más personas, de las parejas electrónicas, del sexo robótico, o del sexo solitario con imágenes tridimensionales, entre otras opciones. En fin, cada uno diseña su intimidad como quiere, la humanidad ha cultivado la tolerancia, y las religiones ya no se meten en la cama de los fieles.

Pero ahora voy a sorprenderte. Cuando la Iglesia derogó la prohibición sexual, se puso inmediatamente de moda la castidad opcional. Los médicos la recomiendan, los terapeutas comportamentales dicen que fortalece la templanza y el autodomínio, y las religiones la siguen considerando una virtud y la aconsejan como ejercicio espiritual voluntario para la formación del carácter. ¿Qué tal?

Bien, creo que ya logré interesarte en lo que te estoy diciendo. Ha llegado el momento, difícil para mí, y también lo va a ser para vos, de explicarte por qué estás recibiendo esta carta en tu computadora exactamente el **3 de febrero de 2008**.

Dos días después de esa fecha, el martes siguiente, recibí una invitación telefónica de mi amigo Goicochea para pasar unos días en su estancia de San Andrés de Giles. Te ofrecí venir conmigo para que pudiéramos hablar a solas durante el viaje. Querías decirme algo importante. Tenías (tenés, en el momento de recibir este mensaje) dieciocho

años, pero eras apegado a mí como un chico. Me confiabas todo, tus ilusiones, tus problemas, tus inquietudes más íntimas. Y yo te defraudé ese día con mi incompreensión. En el camino me hablaste de tu decisión personal, me puse loco, discutimos, te grité, y mi alteración provocó un accidente en la ruta en el que vos, querido hijo, perdiste la vida. Tu madre no lo soportó y falleció un año más tarde. He vivido más de mil años con esta terrible culpa. Yo jamás volví a casarme.

Cuando comenzamos a trabajar en este proyecto, descubrí que había vivido siglos anhelando inconscientemente una oportunidad como esta. Me aferré a esa idea con desesperación, hasta que estuvimos en condiciones de hacer la primera prueba. Les rogué a mis colegas que me dejaran advertirte del accidente. Primero se negaron, pero después accedieron por el afecto que me tienen y también por ser un viejo primigenio, pero son escépticos. Sostienen que si logro evitar tu injusta muerte, tu supervivencia provocaría un aluvión de cambios en la historia del último milenio. Es decir, si vos vivís y elegís tener hijos (no lo sé, es una conjetura en cierto modo desmentida por tu decisión, aunque podrías cambiar) todos tus descendientes formarán una pirámide gigantesca que necesariamente habrán de producir mutaciones drásticas en la sociedad. Y ellos no creen que eso sea racionalmente posible. Pero yo me aferro a la ilusión de salvar tu vida, que es lo único que me importa. Supongamos que lo logre, ¿qué pasará conmigo? Lo ignoro. He vivido en soledad este largo milenio y de pronto me encontraría rodeado por una familia multitudinaria. Existe la posibilidad de que si vos y tu madre sobreviven, yo desaparezca. O tal vez ustedes se desarrollen en otra dimensión (se habla de la posible existencia de varias historias alternativas o realidades paralelas) y no nos encontremos nunca... o acaso, ¿por qué no?, yo mismo sea proyectado a esa otra realidad. No lo sé. Me advirtieron que este experimento es riesgoso y por eso no se va a repetir.

Imagino lo difícil que ha de ser para vos creer en todo esto, ¡sobre todo si ahora mismo me tenés ahí, haciendo mi vida cotidiana junto a

vos, acaso caminando cerca de tu silla en este preciso momento! Le he pedido a nuestra Virgen de Luján que ilumine tu corazón. La idea es que me convenzas de suspender el viaje con cualquier pretexto. Si no acepto, no viajes ese día conmigo. ¡Por favor, Alejo, no lo hagas!

La alternativa sería que viajes conmigo pero que no me digas una palabra de lo que pensabas decirme. Te voy a fallar, hijo, porque yo no estoy preparado, en ese momento, para semejante noticia.

Si con estas palabras logro convencerte del peligro que te acecha, podrás, junto a tu madre, seguir viviendo para acceder, años más tarde, al tratamiento privilegiado que mi fortuna podrá facilitarnos a los tres. ¡Seremos de los primeros en alcanzar la vida eterna!

Un abrazo de tu padre que te ama desde el fondo del tiempo.

SEGUNDO MENSAJE

Asunto: Urgente para Alejo (hijo)

Alejo, hijo querido, siempre tuve buena memoria, pero ha pasado tanto tiempo... Cuando te envié el mensaje anterior (que ahora te reenvío por archivo adjunto y que te ruego abras ya mismo y leas detenidamente, ¡es muy importante!) recordé, aunque vagamente, que dos días antes de hacer cierto viaje fatídico, vi en nuestra computadora un *mail* dirigido a <Alejo> en nuestra dirección familiar, la que usábamos todos. Ahora me doy cuenta de que eso que vi era mi primer mensaje desde el futuro dirigido a vos. Lo abrí creyendo que era para mí, porque “Alejo” también es mi sobrenombre. ¡Qué imbécil! Cuando leí las primeras líneas en la previsualización pensé que era una de esas publicidades tan molestas que se remitían a los correos electrónicos iniciándolas con el nombre de los usuarios. “Alejo, empezaré por decirte que estoy en el año tres mil cuarenta y tres...”, ¡pero por favor!, ¿estarán promoviendo algún celular futurista?”, me dije fastidiado. ¡Y borré el Mail sin leerlo como hacía siempre que me llegaban esas basuras! Vos en cambio te interesabas por todo y seguramente lo habrías leído. Por eso te reenvío el texto que por mi torpeza no pudiste ver.

ÚLTIMO MENSAJE

Asunto: Muy urgente para Alejo (**hijo**).

Este es el último mensaje que te mando, porque el sistema va a ser desactivado definitivamente. Por favor, hijo, abrí el archivo que te adjunto por tercera vez. El primer mensaje lo borré estúpidamente yo mismo. Luego recordé que semanas posteriores a cierto accidente que quiero que evites, vi un mensaje dirigido a vos que debió de ser el segundo ¡y que había sido abierto! No sé si leíste todo el archivo o comenzaste a hacerlo y lo tomaste en broma. Lo cierto es que el mensaje llegó a tus manos pero el accidente se produjo de todas maneras. ¿Qué sucedió?

Me autorizaron a hacer un último intento, pero esta vez haré que lo recibas con mucha anticipación, dos meses antes de un viaje que hicimos juntos a la estancia de Goycochea.

Aunque... no quiero engañarme. Creo recordar... estábamos almorzando, ¿o cenando...?, no, estábamos almorzando, cuando me preguntaste si yo te había escrito un mensaje raro firmado como “tu padre”. Yo lo negué y vos lo atribuiste a algún amigo bromista, y como el archivo era muy extenso ni lo leíste. ¡Claro, con ese antecedente, cuando dos meses más tarde viste el otro mensaje, que vendría a ser el segundo, ya no le habrás prestado ninguna atención!

Me siento descorazonado como no lo había estado en mucho tiempo. Es que ahora me convengo de que mis colegas tienen razón, no podemos cambiar los hechos irreversibles de nuestro pasado. Si tu destino fue morir en ese accidente, y el de tu madre morir de pena, el mío es vivir eternamente con esta amargura en mi corazón, y ahora, casi once siglos más tarde, remitirte estos desesperados pero inútiles mensajes de advertencia. Pero alivia mi dolor saber que llegan a vos, que los estás viendo en tu pantalla, que los estás tomando en broma,

que quizás te he divertido un poco. Y eso es para mí como si estuvieras vivo en alguna parte.

EPÍLOGO

Luján, un día impreciso del año 3043

El casco histórico de Luján conservaba del pasado, además del calor, los museos de Enrique Udaondo, los peregrinos mirando vidrieras sin apuro y las llamativas fachadas con zaguán y puerta cancel de muchas de las casas construidas a principios del siglo XX. En una de esas antiguas residencias vivía el profesor Alejandro Terboner, sin otra compañía que el silencio, los recuerdos inabarcables, y miles de libros de papel que se desintegraban en los estantes.

Ese día se cumplía un nuevo aniversario de la muerte de su Alejo y tenía necesidad de visitar el santuario de Nuestra Señora de Luján para meditar y orar. Al llegar a la basílica le llamó la atención que hubiera comenzado una misa, no en el *camarín*, como era habitual los días de semana a esa hora, sino en el Altar Mayor. Contrariado, no quiso participar de la ceremonia, por lo cual se refugió, un poco sigilosamente, en el pequeño altar lateral de Santa Ana, adyacente al crucero oriental. Se sentó en el reclinatorio frente a la imagen de San Joaquín, que apoyado en su báculo de mármol lo contempló con su habitual adustez. Se sentía más cerca de la Virgen hablándole en soledad que participando de una liturgia cargada de símbolos y convenciones que, aunque respetaba y a veces aceptaba, no terminaba de conformar a su mente analítica.

Desde allí veía de soslayo al sacerdote que oficiaba ante el Altar Mayor. Ahora comprendía que esa ilusión suya de cambiar el pasado sólo podía germinar en un alma torturada. Su hijo y su esposa no iban a volver a la vida. ¿Se justifica vivir interminablemente sin ellos?; miró distraídamente los movimientos del oficiante; la celebración alcanzaba su máxima solemnidad: el misterio de la Eucaristía. Aunque no quería concentrarse en la Misa, igual se arrodilló como manda la

ceremonia para ese momento sagrado; otra vez esa somnolencia depresiva; “*Esta es la sangre de Cristo*”; la voz del sacerdote martillaba sus oídos con una sonoridad hipnótica. “*¡Jesucristo ha resucitado; éste es el milagro de la fe!*”. Los necesito tanto... Alejandro Terboner, sin pensarlo (fue como un acto reflejo) había girado levemente la cabeza y sus ojos se clavaron en la Hostia consagrada que el sacerdote elevaba con gesto de profunda unción. Le pareció que el sacerdote ya no era la misma persona, aunque no pudo detenerse en esa observación porque diferentes escenas comenzaron a superponerse vertiginosamente y un repentino estupor vino a borrar de su mente las cavilaciones que lo habían agobiado segundos antes. Todo pareció desvanecerse a su alrededor. Todo, excepto el símbolo del divino cuerpo que resplandecía en lo alto con una blancura radiante y sobrecogedora. “*Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Bienvenidos a la mesa del Señor*”.

Terboner sonrió emocionado cuando su hija Alejandra, con hábito blanco y humeral verde, avanzó con el copón entre sus delicadas manos para comulgar a los feligreses que habían formado un semicírculo frente a la pequeña Virgen de Luján.

Cuando la misa terminó buscó entre la muchedumbre a su exesposa para saludarla, como lo hacía cortésmente todos los domingos, más allá de que ella, diez años más joven que él (años primigenios, se entiende), más otros veinte entregados en el quirófano y algún adicional perdido a fuerza de gimnasia y cosmetología, ya se había casado cinco veces desde que se divorciaron hacía casi seiscientos años.

Después de todo seguían siendo los padres de Alejo, aquel muchachito amado que un día ya muy lejano tomó la decisión de cambiar de sexo, y que ahora, para orgullo de ambos, era la madre Alejandra, rectora de la basílica de Luján.

EL MISTERIO DEL ALTILLO

Capítulo 1°

La casa

Era enorme la vieja y maravillosa casa de campo que papá recibió en pago de una deuda. Tenía diez dormitorios, un sótano oscuro, una cocina casi de hotel y un altillo interminable que se extendía como vi-boreando bajo toda la gigantesca techumbre de pizarra.

Yo había quedado encantado cuando la vi desde afuera por primera vez. Sus persianas cerradas, las paredes cubiertas por una espesa hiedra, los descascarados aleros del techo, el parque hecho un yuyal y la quietud de un pequeño estanque con plantas acuáticas, le daban un aire de fascinante misterio. Era el mejor lugar del mundo para explorar e investigar.

Les pedí a mis padres que fuéramos a pasar un fin de semana en la casa para arreglar el jardín y conocerla por dentro. ¡Es una locura!, protestó mamá, ¿cómo vamos a dormir en un lugar tan abandonado, sucio, seguramente lleno de ratones...? ¡Sí, mamá, por favor, quiero pasar una noche en esa casa!

Mis padres nunca me niegan nada. Me vieron tan entusiasmado que comenzaron a ceder.

—Bueno, ratones no hay —contemporizó papá—, por allí andan siempre los tres gatos de don Rudecindo.

—¿Rudecindo...?

—Sí, un buen vecino que de vez en cuando ventila y limpia la casa.

—¿Y vos decís que pasemos allí una noche? —preguntó mamá ya entregada.

—Mirá, hace buen tiempo. Nos vamos el sábado a la mañana y nos volvemos el domingo. Tendríamos que llevar alimentos, sábanas y al-

gunas frazadas. La casa tiene gas envasado y luz eléctrica. Para Pablín va a ser muy divertido, y para nosotros también. De paso vemos qué reparaciones necesita la casa para ponerla en venta...

Mamá aceptó y yo salté de alegría.

Quedaba cerca de la Laguna de los Padres, a unos quince kilómetros de Mar del Plata. Papá me contó que había sido el casco de una antigua estancia, ahora con su terreno reducido a una manzana, ya que el resto se había loteado y vendido. La casa, así como estaba, con sus muebles y cosas que nunca habían sido retirados por sus primitivos dueños, había sido vendida ya dos veces. Lo curioso, lo que no tenía explicación (ahora sí la tiene para mí), es que en cada venta sus nuevos dueños, por distintas vinculaciones, se la habían ofrecido a papá.

Fuimos el sábado muy temprano. Tras un corto viaje por la ruta 226 y luego de andar a los barquinazos por una solitaria calle de tierra llegamos a la casa. Desde el exterior sólo se veía un portón de madera, un altísimo cerco de ligustros y las copas de enormes eucaliptos que rodeaban la manzana como centinelas de un cuento de hadas. Papá abrió el portón y entramos con el auto. Allí nomás se nos presentó la mansión en toda su grandiosidad. Silenciosa y soñolienta, nos miró con los párpados entornados de sus celosías. Los tres gatos de don Rudecindo, mansos y barrigones, vinieron a recibirnos amistosamente y a pedirnos comida.

Papá sacó un manojito de llaves. La puerta principal se quejó al abrirse como si le dolieran las bisagras, y nos lanzó su pesado aliento de casa húmeda y deshabitada. Entramos con desconfianza porque estaba todo en penumbras. Mientras papá abría, con bastante trabajo, una a una todas las ventanas de la sala, el sol primaveral iba iluminando y reviviendo los detalles del extraño lugar. Me impresionaron las sábanas extendidas sobre los muebles, pero cuando las quitamos la sala tomó el aspecto normal de cualquier casa. Mamá comentó que no había mucho polvo, seguramente porque don Rudecindo había barrido los pisos recientemente.

Bajamos todas las cosas y elegimos dos habitaciones cercanas a la sala para usarlas como nuestros dormitorios. En la que ocuparían mis padres había una cama de matrimonio, un escritorio, dos sillas y un ropero. La otra, ubicada justo al lado, era pequeña, con una cama de una plaza, un roperito y una cómoda con un espejo grande al costado. Ese iba a ser mi dormitorio. Ventilamos solamente esos dos cuartos, ya que no había necesidad de hacerlo con los otros ocho que se encolumnaban hacia el fondo a ambos lados de un largo pasillo.

Capítulo 2°

El desván

La cocina era grande y bien iluminada. Una angosta puerta daba a la escalera del sótano. Papá me advirtió que no bajara porque no funcionaba la luz y era peligroso. Al altillo sí subimos. Era un lugar encantador y misterioso, totalmente de madera porque estaba conformado bajo la estructura del techo. Tenía recovecos que acompañaban el desarrollo del techo y sus distintas pendientes. Una suave claridad entraba mezquinamente por tres pequeñas lucarnas circulares. Había baúles y cajas apiladas por todos lados. Abrí al azar una de esas cajas y descubrí con gran alegría un montón de historietas viejas: el *Pato Donald*, *Patoruzito*, *El Tony* y otras que yo no conocía y que seguramente eran muy antiguas. Entusiasmado por el descubrimiento, les pedí a mis padres que me dejaran revisar el altillo mientras ellos limpiaban y ordenaban los dormitorios de la planta baja.

Accedieron aunque no muy convencidos. A mis padres les cuesta dejarme solo en algún lugar. Me cuidan como si fuera un bebé, pero yo ya tengo diez años y soy muy responsable.

Cuando quedé solo me inquietaron algunos ruidosos sacudones seguramente causados por el viento sobre el techo, pero mis ganas de ver el contenido de esos recipientes me hicieron olvidar enseguida esa impresión. Fui abriendo las distintas cajas luego de quitarles el polvo con un paño húmedo que me dio mamá. Algunas cajas eran grandes, otras más chicas; unas estaban sueltas y otras atadas con cintas de colores. ¡Qué emoción! Contenían cosas viejas. En una encontré ropa usada y zapatos de chicos. En otra, juguetes. Juguetes raros, de otras épocas: un tranvía a cuerda hecho de chapa muy colorida, un revólver sin gatillo con una cartuchera de cuero, una caja con un equipo de química, un juego raro que tenía escrito las palabras *Cerebro mágico*, un

par de patines con ruedas de madera, un montón de listoncitos metálicos agujereados, con tornillos y tuercas, que según papá se llamaba *mecano*, varios rompecabezas y cientos de bolitas de vidrio de todos los tamaños y colores. Para mí esto era como un tesoro escondido. A cada nuevo descubrimiento bajaba corriendo por la escalera caracol para mostrarles a mis padres lo que yo había encontrado. Mi papá sonreía asombrado. Me dijo que esos juguetes eran de cuando él tenía mi edad. Tanto le gustaron, que dejó a mi mamá haciendo las camas y subió conmigo para revisar las cajas. Mamá dice que papá es como un chico; “juguetón”, ah, y a veces escucho que también le dice “toquetón”.

Una de las cajas mejor cerradas y atadas contenía cuadernos y libros de escuela primaria. Por las prolijas etiquetas supimos que habían pertenecido a un niño que se llamaba Juan Ignacio Fernández. Eran cuadernos *Laprida* y *Lancero* de segundo y tercer grado. Hojeamos el de tercero. Mi papá se asombró cuando vio las fechas: Juan Ignacio había cursado ese grado en 1950. Y curiosamente, ese cuaderno quedaba interrumpido en julio de ese año. La última tarea que Juan Ignacio había hecho era una composición sobre “*Mi familia*” y estaba fechada el 17 de julio de 1950. La maestra le había puesto un “*Muy bien 10*” en el margen, pero el cuaderno había quedado totalmente en blanco a partir de esa fecha.

—Qué raro—comentó mi papá—; fijate, Pablín, parecería que este chico no siguió en la escuela. Es... es como si el 17 de julio hubiera sido el último día de clase para él.

—¿Qué dice la composición? —pregunté.

Papá comenzó a leer lentamente:

“Mi familia es lo más lindo que tengo. Mi papá, mi mamá y mis siete hermanos mayores son las personas más buenas y compañeras que conozco y todos ellos me quieren mucho y se preocupan por mí. Últimamente están muy serios porque yo no ando bien de salud. Me

fatigo mucho y ya me desmayé dos veces. Los otros días estaban todos reunidos en la cocina y yo me acerqué sin hacer ruido. Los oí comentar que tenían que operarme del corazón. Mi mamá comenzó a llorar y papá la consoló diciéndole que todo iba a salir bien, que teníamos que confiar en Dios. Yo me aparté y me hice el que no sabía nada. Ayer finalmente me lo dijeron. Tengo un poco de miedo pero no se lo digo a mamá para que no se ponga más triste de lo que está. El doctor habló conmigo y me dijo que tenía que ser valiente, que la operación no me iba a doler y que me recuperaría en dos meses. Después de todo, estar un poco enfermo no me disgusta tanto, ya que así puedo disfrutar del cariño y el cuidado de toda mi familia”.

Papá terminó de leer y me miró de reojo. “Qué bien escrito...”, comentó apenas. Nos quedamos en silencio. Ninguno quería decir lo que pensaba.

—Parece que este chico, pobrecito, estaba enfermo...—dijo papá.

—Y no fue más a la escuela —comenté yo.

—Bueno, dejemos estos cuadernos y sigamos buscando cosas.

—Papá...

—¿Sí...?

—¿Se habrá muerto?

—No... Quién sabe, a lo mejor no.

—Pero no fue más a la escuela.

—Bueno, tal vez volvió al otro año.

—Pero mirá, no hay más cuadernos —insistí mientras sacaba un montón de libros escolares forrados con un feo papel azul oscuro—: los libros son de primer grado inferior, primero superior (¿se decía así antes, no?), segundo y tercero, mirá: *Upa, Alborada, Manual Estrada II y III*. No hay libros de grados superiores.

Papá se encogió de hombros. Parecía como si no quisiera seguir hablando del asunto.

—Seguro que a Juan Ignacio lo operaron y se murió —opiné.

—Bueno, bueno —dijo papá algo molesto—, eso pasó en 1950, no podemos estar seguros. Abramos esa caja más chica.

Había fotografías familiares, montones de fotografías en negro y blanco y algunas amarillentas. Detrás de muchas de ellas estaban anotados las fechas y los nombres de las personas que posaban sonrientes. Era la familia de Juan Ignacio. Sin decirlo, papá y yo buscábamos alguna foto en la que estuviera ese misterioso niño. Hasta que papá la encontró. Se puso serio, la miró unos segundos y me la pasó sin decir palabra. Al verla me llevé un susto.

—¡Es igualito a mí!— exclamé.

—Bueno... tanto como igualito, no —opinó papá tratando de atenuar el efecto de esa semejanza—, tiene un parecido...

—Vamos a mostrársela a mamá.

—No —dijo papá nervioso mientras guardaba nuevamente la foto y cerraba la caja—, mamá podría... no sé, impresionarse.

Seguimos revisando cajas y baúles. Vimos viejos adornos navideños, disfraces de carnaval, velas, ropa de toda clase, frazadas raídas, algunas herramientas en buen estado que papá apartó para llevarse, un viejo violín sin cuerdas, más revistas viejas que yo apilé para llevarme y paquetes con boletas de impuestos y viejas facturas de luz.

Como se hizo el mediodía y teníamos hambre, bajamos a la cocina. Mamá ya había preparado y servido la comida. Después de almorzar nos fuimos los tres al jardín para cortar un poco los yuyos y juntar las hojas secas. La tarde se había puesto calurosa y pesada. Los gatos de don Rudecindo se dedicaban a cazar aguaciles que zumbaban inquietos por todos lados. Se viene una tormenta, pronosticó papá.

Esa tarde no volví al altillo, aunque no podía dejar de pensar en Juan Ignacio, su gran parecido a mí y su extraña historia.

Capítulo 3

El encuentro

En la casa no había ni un miserable televisor, así que luego de cenar jugamos un rato a las cartas y papá dijo: “A dormir todo el mundo”, aunque era temprano y yo no tenía nada de sueño. Siempre que pasamos la noche fuera de casa a mis padres les da el apuro por ir a dormir, como si les encantara probar camas desconocidas. Y como de costumbre, esa noche los oí reírse y chacotear. Seguramente ellos tampoco tenían ganas de dormir. ¿Por qué tanto apuro, entonces?

Cuando estuve solo en mi habitación me puse a curiosear. Las paredes estaban revestidas con un desteñido papel verdososo con grandes flores amarillas. El espejo al lado de la cómoda llegaba casi hasta el piso y reflejaba mi imagen caminando por el dormitorio. Me llamó la atención unas líneas oscuras en un rincón de la pared. Me acerqué y vi que se trataba de una escritura hecha con lápiz. La letrita pequeña y pareja me resultó conocida. ¡Claro, era la letra de Juan Ignacio, la misma que había visto en su cuaderno! Entonces... ése había sido su dormitorio. Las letras estaban algo borrosas, pero igual pude leer las dos primeras líneas: “*Mamá, papá, estoy en peligro, por favor, no me dejen solo con Teodoro...*”

El resto era ilegible. ¿Qué le había pasado a Juan Ignacio hace cincuenta años? Ahí decía que estaba amenazado por un tal Teodoro. ¿Quién sería ese Teodoro? ¿Habrán visto sus padres ese pedido de auxilio? En ese momento tuve la certeza de que nadie hasta hoy había leído ese desesperado mensaje. Me puse a revisar el ropero y la cómoda con la idea de encontrar algo, no sabía qué, algún otro indicio de lo que había ocurrido en esa casa, pero los muebles estaban vacíos. Finalmente me acosté con la idea de leer algunas de las revistas con nombres raros que había encontrado en el altillo: *Mandrake el mago*, *Pif Paf* y *Flash Gordon*. Pero en ese momento algo me pasó por la ca-

beza. Recordaba que segundos antes yo había estado caminando por la habitación, y, sin prestar atención, había visto mi figura en el espejo yendo y viniendo del ropero a la cómoda y de la cómoda al ropero. Pero... yo estaba vestido con mi pijama celeste, y me parecía recordar ahora (no podía estar seguro), que mi imagen en el espejo tenía ropa de otro color. Esto es ridículo, pensé. Desde la cama no me veía en el espejo, así que me levanté y me acerqué lentamente a la cómoda. Cuando estuve frente al espejo comprobé que no me había equivocado: allí estaba yo, mirándome... con una tricota marrón a rayas verdes, pantalones cortos oscuros, zapatos negros y medias grises, largas, hasta las rodillas.

“¿Estoy soñando?”. La imagen estaba inmóvil, como yo, mirándome a los ojos. Con temor levanté lentamente una mano, pero la imagen del espejo no se movió. Mi corazón estuvo por explotar. Moví lentamente la otra mano. Lo mismo. Permanecí inmóvil varios segundos, contemplándome en el espejo vestido con esa ropa rara. Finalmente me decidí y pregunté con voz temblorosa:

—¿Quién sos...?

—Juan Ignacio— me contestó la imagen del espejo. Su vocecita era como la de una nena.

Es curioso, pero al oír ese nombre se me fue el miedo. Más tarde comprendí por qué en ese momento tomé todo aquello con tanta naturalidad.

—¿Sos el espíritu del chico que murió después de una operación?
—le pregunté con curiosidad.

—Soy el espíritu de Juan Ignacio Fernández, pero no morí por la operación, fui asesinado por un sirviente de esta casa.

—¿Ese tal Teodoro?

—Se llamaba Teodoro Strá pulos...

—¿Cómo te asesinó?

—Después de que me operaron, mamá me daba tres veces al día una medicina que estaba en un frasco sobre esta cómoda. Yo me sen-

tía cada vez peor, dormía casi todo el tiempo, no podía hablar ni moverme casi. Teodoro pasaba largas horas conmigo, cuidándome. Una noche me despierto y lo sorprendo echando unas gotas en el frasco del remedio. Por el nerviosismo de Teodoro me di cuenta de que me estaba envenenando lentamente. Pero era demasiado tarde, ya no pude hacer nada. Esa noche me levanté tambaleando de la cama y como no podía gritar ni salir de esta habitación por lo débil que me sentía, escribí esas palabras en la pared y me desmayé. Mis padres me encontraron en estado de coma, tirado en ese rincón, al lado de la escritura, pero nunca vieron el mensaje ni se enteraron de la verdad. Yo morí una semana más tarde.

—¿Pero por qué hizo eso Teodoro?

—No lo sé. Tenemos que averiguarlo.

—¿Tenemos...?

—Necesito tu ayuda. Él está aquí.

—¿Teodoro... está aquí? ¿Vive en esta casa?

—No vive, él murió un año después que yo. Pero tuvo la astucia de recurrir a un conjuro mágico que le permitió recluirse en el altillo. Así se salvó de ir al Infierno. Cuando Teodoro apareció muerto en su dormitorio, mamá y papá ya no quisieron vivir en esta casa. Se mudaron a la ciudad con mis hermanos y nunca más vinieron aquí. Lo peor es que yo quedé prisionero en este espejo, no sé por qué. Llevo ya medio siglo pensando en las razones de este encierro. Varias veces me visitó mi ángel. El me anunció la muerte de mis padres. Cuando le pregunté sobre mi encierro, me dijo que no sabía nada, pero que en su opinión yo debía permanecer aquí hasta saber por qué Teodoro me mató. El ángel creía que cuando se aclarara ese misterio, Teodoro no podría ocultarse más y yo quedaría en libertad para irme con mis padres.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Hay una sola forma...

—¿Cuál es?

—Tenés que ir al altillo a buscarlo, pero después de la medianoche, que es la hora en que se vuelven visibles los espíritus corruptos. No tengas miedo, Teodoro intentará asustarte, pero no tiene poder para hacerte ningún daño. Él ya debe de saber que estás aquí y seguramente te ha confundido conmigo. Tenés que encararlo haciéndote pasar por mí y preguntarle por qué te asesinó. No será sencillo hacerle decir la verdad, aunque él ignora que al reconocer su crimen va a ser atrapado por los demonios en ese mismo instante. Y yo quedaré vengado y liberado. Tenés que convencerlo para que hable. Por favor, Pablín, sos el único que me puede ayudar

—Pero ¿hacerme pasar por vos...?

—Somos casi igualitos.

Le salió otra vez ese tonito... raro, como de niña.

—¿Por qué nos parecemos tanto? □pregunté.

—No lo sé, es parte del misterio. Cuando me libere tal vez lo averigüemos.

Capítulo 4°

El fantasma de Teodoro

No sé si será porque mis padres me enseñaron a ser valiente en la vida —prudente y precavido, sí, pero nunca un cobarde—, que no tuve miedo de ayudar a Juan Ignacio. Me vestí sin apuro y me quedé conversando con él hasta que se hicieron las doce.

Salí de mi dormitorio sin hacer ruido, fui hasta la cocina a recoger la linterna que papá había guardado en uno de los cajones de la mesa y subí lentamente por la escalera procurando que sus angostos peldaños en abanico no crujieran bajo mis pies.

Cuando estuve en el altillo empecé a temblar de miedo. La luz de la linterna apenas rompía tenuemente la negra oscuridad del lugar. Se oían, más nítidos que durante el día, esos lúgubres sonidos causados por el viento sobre las resecas cabriadas del techo. Respiré hondo y me tranquilicé. Caminé unos metros por la oscuridad. No se veía nada. Por alguna de las lucarnas entraban los pálidos destellos de una lejana tormenta eléctrica. Hice coraje y me decidí a llamar a Teodoro.

—Teodoro— dije con voz suave pero firme.

Nadie contestó. Yo insistí:

—Teodoro, ¿dónde estás?

Me pareció ver como una sombra que se deslizaba detrás de una esquina del techo. Avancé lentamente hacia el lugar. No había nada. Seguí caminando hacia el ala más alejada del desván, un sector tan sombrío y extraño que no me había animado a explorar durante la mañana. En un rincón había un perchero con ropa colgada. Más allá una vieja máquina de coser. El círculo de luz de mi linterna se desplazaba agitadamente de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo. Otra vez ese ruido. Esta vez lo oí cerca de mí. Sentí un deseo furioso de huir de ese antro y llamar a mis padres para contarles todo lo que me había sucedido. ¿Me creerían? Seguramente pensarían que estoy desvariando.

Ya estaba por volver sobre mis pasos cuando oí a mi derecha algo parecido a un quejido. Enfoqué instintivamente la linterna hacia ese lugar y allí estaba. ¡Dios santo, qué espantosa visión! Un hombre que aparentaba tener unos cincuenta años, vestido de negro, con la ropa andrajosa y sucia, flaco, encorvado, de repugnante palidez, con ojos inexpresivos, hundidos y rodeados de negras ojeras, cejas gruesas y mandíbula caída. Estaba como acurrucado en un rincón, tratando de ocultarse. Me pareció que temblaba.

—¿Qué querés!—me dijo con voz grave y respiración sibilante, como la de un asmático— ¿Para qué viniste?

—Tengo que hacerte una pregunta— dije audazmente, encandilándolo con la linterna.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué me envenenaste?

Teodoro lanzó un sollozo desgarrador. Le siguió coincidentemente un gran trueno, quizás un rayo, tan potente que hizo vibrar bajo mis pies el piso de madera. Quedé paralizado por la impresión. Teodoro, llorando convulsivamente, salió corriendo y volvió a esconderse.

—Quiero que me digas por qué lo hiciste —dije en voz alta, haciendo un esfuerzo por reponerme del sobresalto.

—¡Aaaaarrgggh!— gritó desde algún rincón del altillo. Pero ese grito era parte de su llanto desconsolado, por lo que no me asustó. Esperé hasta que sus sollozos se apagaron

—No te voy a dejar tranquilo hasta que me digas la verdad.

Silencio.

—¿Teodoro...?

Silencio.

—Sólo quiero que me digas por qué lo hiciste. Después te dejaré en paz y no le diré a nadie que estás en este lugar.

—¿Por qué querés saber eso? —preguntó Teodoro desde la oscuridad. Su voz era más jadeante que antes. Se notaba que estaba más asustado que yo.

—Vos me mataste. Que yo esté enterado no puede preocuparte porque estás muerto y nadie podrá arrestarte por ese crimen. Yo sólo necesito saber por qué lo hiciste...

—¿Para qué?

No sabía qué contestarle, así que le dije lo primero que se me ocurrió:

—Para rezar por mi propia alma...

—¿Los muertos rezan por ellos mismos? —preguntó incrédulo.

—Claro... Pero para hacerlo necesito saber si mi muerte fue injusta... o si me la merecía. Tal vez vos fuiste un instrumento de la Providencia.

Silencio.

—¿Teodoro...?

—No entiendo bien lo que dijiste...

—Muy sencillo, si yo he merecido mi temprana muerte debo pedir perdón en lugar de rezar por mi alma. Si en cambio mi muerte fue injusta, puedo pedirle al Señor que me lleve junto a mis padres.

—No tengo nada que decirte.

—Pero Teodoro, yo no puedo hacerte ningún daño, no puedo vengarme, no puedo denunciarte. Me decís lo que necesito saber, me las tomo y nunca te vuelvo a molestar.

—¡No voy a decirte nada! ¡Fuera de mi altillo!

—No me iré de acá hasta que contestes mi pregunta.

Se oyó un largo gemido que terminó en un nuevo sollozo.

—Teodoro... puedo hacer que los nuevos dueños demuelan esta casa.

—¿Eh?

—Ese señor que vino hoy la compró para repararla y venderla. Pero yo podría hacer que se decidiera a demolerla...

—¡No podés hacer eso, este es mi refugio!

—Ya lo creo que puedo. ¿Qué harías fuera de este altillo?

Volvió a lloriquear. Era evidente que la demolición de esa casa dejaría desprotegido a Teodoro y expuesto al castigo Divino. Había encontrado su punto débil. Respiraba con gran dificultad. Casi sentí lástima por ese pobre y solitario espectro.

—Pero no te desesperes, Teodoro. Si me decís por qué me mataste, te podrás quedar para siempre en este lugar sin que nadie te moleste.

—¿No van a demoler la casa?— preguntó ansioso.

—Si me contestás lo que te estoy preguntando, te aseguro que no.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos— voy a contarte lo que sucedió en aquel tiempo. He sido tan desdichado desde que tomé esa determinación, estoy tan solo y asustado, que necesito desahogarme y aliviar mi conciencia.

Salió de su escondite y se acercó a mí. Me pidió que lo siguiera y rengueando y jadeando avanzó hasta un rincón del altillo, junto a una de las lucarnas por donde se filtraban los fogonazos de la tormenta eléctrica que se acercaba implacable desde el negro horizonte. Teodoro sacudió el polvo de una desvencijada silla para que yo me sentara, y él hizo lo propio sobre un baúl que empujó hasta ubicarlo frente a mí.

Capítulo 5°

Una visita a las sombras del pasado

—He pasado todos estos años recluido en este ático, pensando en los castigos que me esperan fuera de aquí. Y así estaré, quizá siglos, mientras no demuelan o incendien esta casa. Después, ¡qué horror!, tendré que enfrentarme a mi merecido destino. En fin... bueno, para que comprendas lo que sucedió en 1950 vamos a tener que regresar al pasado. Cerrá los ojos.

—¿Para qué?—pregunté desconfiado.

—Tenés que cerrar los ojos si querés que vayamos juntos al año 1950, ¿qué problema te hacés? Los muertos podemos viajar hacia el pasado para contemplar nuestras propias imágenes haciendo las mismas cosas que hicimos cuando estábamos vivos.

—Sí, claro... bueh... —dije yo, y cerré los ojos.

Oí un lejano trueno que instantáneamente se transformó en voces de niños y cantos de benteveos. A través de mis párpados cerrados percibí una gran claridad, como si estuviéramos a la luz del día. Sobresaltado, abrí los ojos y no pude creer lo que veía: estábamos Teodoro y yo en el jardín de la vieja casa en un hermoso día de sol, pero la casa no era vieja. Se veía distinta, con su hiedra prolijamente recortada, los aleros recién pintados, el jardín con su césped cortado y los canteros llenos de flores. Tres niños jugaban junto al estanque. Uno de ellos era Juan Ignacio.

—Estamos en febrero de 1950. Ahí estás vos con dos de tus hermanos. No te preocupes, ellos no pueden vernos, somos dos espectros y ellos tan sólo imágenes de lo que un día fueron... o fuimos.

Me asombró todo aquello porque yo no era un espectro, y sin embargo estaba allí como si también estuviera muerto. Los niños jugaban a las bolitas. Me puse en medio de ellos y observé con extrañeza cómo hablaban entre sí y se miraban a través de mí. En eso vi a un señor

muy elegante vestido de negro que se acercaba a los niños. No lo reconocí al principio: era Teodoro, mucho más joven, más jovial, más limpio y saludable que su actual fantasma. Qué curioso: sonreía con gran simpatía y no parecía tan mala persona.

—Juan Ignacio —dijo Teodoro— tu mamá te llama para llevarte al doctor Antúnez. Tenés que bañarte y cambiarte.

—Ufa— rezongó Juan Ignacio—, estábamos jugando bien, ¿otra vez tengo que ir al doctor? Bueno, ya voy.

Juan Ignacio guardó sus bolitas en un frasco y se dirigió a la casa junto con Teodoro quien lo llevó cariñosamente tomado por el hombro.

—¿Estaba muy enfermo, no? —le pregunté a Teodoro que, con tristeza, se contemplaba a sí mismo en tiempos mejores para él.

—Vos no lo sabías, pero tenías una rara enfermedad virósica en una válvula del corazón. Era incurable hace cincuenta años...

—¿Pero no me operaron?

—Ahora vas a ver lo que pasó. Vamos al consultorio del doctor Antúnez. Cerrá los ojos.

En un segundo estuvimos en la sala de espera. José Ignacio y su mamá pasaron de inmediato al consultorio. El doctor Antúnez revisa a Juan Ignacio, luego lee los informes de unos análisis y mira unas enormes radiografías a través de la luz de la ventana. Mientras Juan Ignacio se viste, el médico lleva a la madre a una oficina contigua. Nosotros también entramos.

—No veo otra alternativa que una operación— dijo el médico.

—Pero ¿tiene posibilidades de vivir?— preguntó ansiosa la madre.

—Quiero ser honesto con usted, señora Fernández —le contestó el facultativo—, las posibilidades de recuperación son casi nulas. El virus está avanzando, no hay forma de neutralizarlo. Sin operación va a morir en algunos meses. Con operación puede vivir algún tiempo más, y, con la ayuda de Dios, tal vez curarse, pero no es en absoluto probable. La única garantía que le puedo dar es que el doctor Hernández es

un brillante cirujano que ha hecho estas operaciones en los Estados Unidos. Pero aún allí, las esperanzas son mínimas, lo siento...

—Dios mío, ¿qué vamos a hacer?

—Por ahora, sólo darle los medicamentos que le receté y cuidarlo de los enfriamientos. Tienen tiempo para decidir si lo operamos o no.

La madre de Juan Ignacio se secó los ojos, saludó al médico y recogió al niño que ya se había terminado de vestir.

Teodoro me hizo cerrar nuevamente los ojos y aparecimos en el dormitorio de los padres de Juan Ignacio. La madre lloraba y le contaba a su esposo lo que le había dicho el médico momentos antes.

—Mirá, allí estoy yo —me dijo Teodoro señalándome una celosía de calefacción instalada en una pared del dormitorio. Fuimos hacia el lugar. Detrás de la celosía estaba la imagen de Teodoro escuchando lo que hablaban los patrones. “¿Acostumbra a espiar y escuchar lo que hacen y dicen los padres de Juan Ignacio en su dormitorio?”

—Mirame bien —me dijo Teodoro en voz baja, como si temiera ser escuchado por su propia imagen.

Por las mejillas del “otro” Teodoro corrían las lágrimas. Sorprendido por lo que veía interrogué con la mirada a mi acompañante.

—Yo te amaba, Juan Ignacio, eras tan hermoso, tan sensible... me sentí morir cuando escuché aquella conversación.

—¿Vos... me amabas?—pregunté en el colmo del asombro.

—¿Te olvidás de que yo te tuve en brazos desde que naciste? Te cuidé y jugué con vos desde que comenzaste a gatear. Te ayudaba a hacer tus deberes y te llevaba los domingos a la calesita de Manolo. Mientras crecías yo te admiraba cada vez más. Tu personalidad, la dulzura de tus ojos, tus bellas poesías, tus demostraciones de afecto hacia mí... No podía pensar en otra cosa que en estar con vos y ayudarte a crecer. Disfrutaba de tu ya cercana transformación en adolescente.

—¿Pero entonces... por qué...?

—Esperá, todo a su tiempo. Cerrá los ojos.

En un segundo nos encontramos de noche, en una calle brumosa y oscura. La sombra de Teodoro llamaba a una puerta.

—Esa es la casa de un brujo —me explicó el espectro de Teodoro —un tal Mefisto Safirio, que practicaba ritos afrobrasileños y tenía poderes especiales para hacer tanto el bien como el mal, según lo que le encargara el cliente.

Entramos en la casa. Un ayudante jorobado hizo pasar a Teodoro (y nosotros detrás) al despacho principal del brujo, un hombre negro de blancas motas, de unos sesenta años, barrigón, con anteojos oscuros y vestido con una extraña túnica de colores chillones. El despacho olía a cebo e incienso. Cientos de velas encendidas rendían honores a santos y fetiches de distintos tamaños.

—Sé a lo que viene —le dijo el brujo—, se trata de ese niño gravemente enfermo.

—Sí, don Mefisto, los médicos no pueden hacer nada. Quiero pedirle que me lo salve.

—No puedo.

—Por favor...— suplicó Teodoro.

—No puedo —repitió el brujo—, no tengo poder para curar esa enfermedad. El niño va a morir indefectiblemente.

—Pero, don Mefisto, pruebe hacer algo.

—Lo único que yo podría hacer es un trabajo que a lo mejor a usted no le va a gustar.

—Dígame.

—No sé...

—Por favor, señor, le pagaré lo que me pida.

—Cuando las personas contraen ciertas enfermedades incurables lo único que puedo hacer por ellas es... acelerar su muerte, hacer un fuerte conjuro, un pacto con mi Maestro, y lograr que esa persona vuelva a la vida.

—No entiendo.

—Salvarlo no podemos. Pero sí hacerlo volver a la vida después de muerto... no sé si esa solución lo convence.

Teodoro se quedó pensativo mirando al brujo a los ojos.

—De todas maneras él va a morir— dijo Safirio encogiéndose de hombros. Unas gotas de un brebaje y usted le ahorra días o tal vez algunos meses de sufrimiento inútil. Yo hago mi trabajo espiritual y el niño vuelve a la vida. Todo por mil pesos...

—Pero sería un asesinato —protestó Teodoro.

—Es una operación riesgosa, pero si la hace como es debido nadie se va a enterar. La pócima no deja rastros en las vísceras. En el trabajo que yo hago hay un doble seguro para usted: impunidad en este mundo y también en el otro.

—¿Cómo?

—Ninguna autopsia descubrirá nada, y usted, cuando muera, podrá quedar dando vueltas por aquí sin recibir el castigo Divino.

—Lo del otro mundo no me importa porque yo no soy creyente. Pero quiero el bien de ese chico, no darle muerte.

—Usted no lo mata, acelera su inevitable muerte que es una cosa distinta. Digamos, algo así como una especie de eutanasia, pero para que la persona querida vuelva a la vida.

—¿Cómo y cuándo volvería a la vida?

—Eso nunca se sabe. Juan Ignacio volverá a vivir, de eso tenga la seguridad.

—¿Lo veré vivo nuevamente?

—Seguro, usted lo verá y posiblemente tendrá que darle explicaciones. Pero tenga la seguridad de que el chico finalmente le estará agradecido.

—Lo voy a pensar. En unos días le contesto.

Capítulo 6°

La misteriosa muerte de Juan Ignacio

Igual que cuando se acelera la velocidad de las películas de video, así hizo pasar Teodoro ante mis ojos las siguientes secuencias: transcurrieron los meses, vino el invierno, Juan Ignacio cada vez se veía peor. Lo operaron a fines de julio, cuando ya casi no podía sentarse en la cama sin agitarse. Vi su rápida decadencia. La madre con rostro sombrío que le da a distintas horas una cucharada de la medicina que está sobre la cómoda. Y observé a un personaje nuevo que me llamó la atención: una enfermera que iba a la mañana y a la noche a ponerle una inyección al enfermo. Finalmente vi a Teodoro que vuelve a visitar al brujo Mefisto, le entrega los mil pesos, una fotografía suya y otra del niño para que haga el sortilegio, y se lleva un pequeño gotero con la pócima. Cómo última acción vimos a Teodoro entrando en la pequeña habitación para verter, como le indicó el brujo, unas gotas en el frasco de la medicina.

Concluida esta vertiginosa recorrida por las sombras del pasado, regresamos Teodoro y yo al oscuro desván. Había comenzado a llover torrencialmente. Por el vidrio de la lucarna caía una catarata de agua. Los truenos y los relámpagos eran infernales.

—Y esa es la verdad, toda la verdad —dijo Teodoro entre gemidos. Yo te maté, Juan Ignacio. Pero quise hacerte un bien. El brujo me engañó. No volviste a la vida. Estás muerto igual que yo. Jamás debí haber hecho eso. Si tenías que morir debía ser cuando Dios así lo dispusiera. Estoy arrepentido y tendré que pagar por lo que hice. Te pido perdón.

Teodoro prorrumpió en llanto. Mientras escuchaba su confesión mi intuición me decía que algo no encajaba bien en ese relato. Es que Teodoro seguía allí, como si nada, y según me había dicho Juan Igna-

cio no bien él revelara el motivo de su crimen iba a ser conducido al infierno. Y nada de eso había ocurrido.

—Teodoro, ¿estás seguro de que yo morí por esa pócima?

Me miró sin comprender.

—Quiero decir —aclaré—, a pesar de que me hiciste tragar el veneno, ¿no pude haber muerto por otra causa? ¿Te dijo el brujo cuál era la dosis total de la pócima?

—Tenía que ponerte en el remedio dos gotas diarias durante... ¡Santo cielo!

—¿Qué pasa?

—¡Eran diez días, diez días! ¡Y yo solamente pude hacerlo durante tres noches antes de que entraras en coma y te llevaran al hospital! ¡No pudo haberte hecho efecto con tan poca cantidad!

—Teodoro, creo que tenemos que volver al pasado y averiguar qué fue lo que pasó.

—¡Sí, sí, cerrá los ojos! ¡Rápido...!

Volvimos a 1950. Según yo le iba indicando, Teodoro aceleraba las secuencias. Otra vez la enfermera inyectándolo a Juan Ignacio.

—Esperá, Teodoro, esa enfermera... Tenemos que ver qué me está inyectando.

—Es Matilda, nunca me gustó esa mujer. A ver, retrocedamos y vayamos a la cocina donde ella esteriliza la jeringa y prepara el medicamento.

Entramos en la cocina. Matilda está hirviendo agua. Sobre la mesada tiene el frasquito con el medicamento. Teodoro dijo que era penicilina. La mujer mira como desconfiada hacia la puerta, perfora con la aguja la membrana de goma del frasco y succiona su contenido. Luego deja el frasco vacío sobre la mesada y... ¡vuelca la penicilina en la piletta! Enseguida abre su maletín de donde extrae un frasco con etiqueta roja con cuyo contenido carga rápidamente la jeringa.

—¡Pero la gran puta...! —exclamó Teodoro— ¡Esa mujer cambió el medicamento!

—Veamos qué fue lo que me inyectó.

Me acerqué al maletín con la intención de abrirlo. Pero mis manos lo atravesaron torpemente: no se podían asir esas imágenes, todo allí era intangible. Teodoro se rio.

—No podemos tocar nada. Te dije que eran solo apariencias.

—Tenemos que ver qué menjunje me inyecta esta bruja todos los días.

—Volvamos atrás. Cerrá los ojos.

Otra vez Matilda que calienta el agua. Me acerqué lo suficiente como para ver bien el rótulo del frasco misterioso en el momento en que ella lo sacara del maletín. Cuando levantó el frasco pude leer en el marbete rojo una palabra que me heló la sangre: *morfina*.

—¡Esa mujer te está matando con altas dosis de morfina!

—Esa es la explicación de mi muerte. No me mató el brebaje del brujo sino la morfina que me inyectaba esa mujer.

—Tenemos que averiguar por qué lo hizo— dijo Teodoro sin poder disimular su alegría—. Perdoname, pero casi le estoy agradecido, después de todo evitó que yo cometiera el mismo crimen.

—Tenemos que investigar a esa mujer. ¿Podemos hacerlo?

—Sí.

—Adelante, entonces.

Capítulo 7°

Los dos espectros encuentran su destino

Estuvimos siguiendo a Matilda durante varios días. De la casa de Juan Ignacio solía ir a otras casas a poner inyecciones, de allí se iba a su departamento a descansar (vivía con su marido, un viejo borracho y demente que solía molerla a palos cuando no le daba dinero para comprar bebida). Por las mañanas se levantaba muy temprano para ir al hospital donde trabajaba, y por la tarde ponía inyecciones a domicilio y curaba el empacho.

No hacía nada que llamara la atención, ni se encontraba con nadie sospechoso, hasta que una tarde la sorprendimos tocando el timbre de una casa. “¡Esperá! —exclamó Teodoro—, ¡esa es la casa de Lucrecia!”. Se abrió la puerta y apareció una mujer de unos treinta y ocho años, nada fea y bien vestida, quien al ver a la enfermera pareció molestarse. La hizo pasar rápidamente. Nos metimos también nosotros.

—¿Por qué vino acá? —la increpó.

—Tenía que hablar con usted.

—Quedamos en que yo le haría llegar el dinero convenido y que usted nunca vendría a mi casa.

—Pero necesito el dinero ahora mismo.

—Nuestro arreglo fue que cobraría cuando terminara el trabajo.

—Pero yo lo necesito ahora. Si no me paga suspendo lo que estoy haciendo.

La mujer miró a Matilda con rabia.

—Está bien —dijo— le daré la mitad ahora, el resto cuando todo haya terminado.

—¿Y cómo sé que va a cumplir?—preguntó Matilda.

—Porque le di mi palabra y eso basta —contestó furiosa la mujer.

—¿Qué valor puede tener la palabra de una mujer que manda a matar a un chico? Tendrá que confiar usted en mí, o no hay trato.

Lucrecia se la quedó mirando con odio reconcentrado.

—Espere aquí —le dijo a Matilda—, ya le traigo el dinero.

Al instante apareció con un fajo de billetes. Matilda calculó a ojo que allí estaba el importe convenido, guardó el fajo en su cartera y le dijo a la mujer:

—Dos o tres días más y el trabajo estará cumplido.

Teodoro se había quedado estupefacto.

—¿Conocés a esa mujer? —le pregunté.

—Sí..., ya lo creo que la conozco —contestó con voz ahogada.

—¿Quién es?

—Se llamaba Lucrecia, Lucrecia Buontempo... no lo puedo creer.

—Por favor, Teodoro, aclárame de qué se trata.

—Volvamos al altillo, no necesitamos ver nada más. Tengo que recuperarme de este sobresalto. ¡Dios Santo, Dios Santo! Esto sí que no me lo esperaba...

Cuando regresamos al altillo la tormenta arremetía con potentes ráfagas de viento que hacían vibrar toda la estructura del techo. Los relámpagos eran tan continuados que mantenían una iluminación casi permanente en el interior del desván. Teodoro había quedado destruido. Estaba otra vez jadeante y tembloroso. Impaciente, esperé a que se recuperara y se decidiera a hablar. Finalmente lo hizo:

—Lucrecia fue mi novia durante muchos años.

—¿Tu novia?

—Siempre te tuvo celos, Juan Ignacio, porque sabía que yo vivía nada más que para vos. Para mí vos eras más importante que ella. ¡Ay, como te odiaba por eso! Mi excusa para no casarme con ella era que tenía un deber que cumplir con tu crianza hasta que te hicieras hombre. Pero no podía tolerar que yo te prefiriera, que hablara siempre de vos, que te quisiera tanto. En realidad yo quería sacármela de encima. Era una mujer muy atractiva, muy sensual y seductora, pero anormal, violenta, loca, totalmente loca. Nunca me habría casado con ella. Pero en lugar de dejarla, yo la mantenía a cierta distancia y mi pretexto para

no formalizar eras vos. Además, por qué negarlo, me gustaba divertirme con ella alguna que otra noche. Bueno, vos sos muy chico, y yo no tuve oportunidad de enseñarte nada, aunque, no sé si recordarás que algo habíamos empezado a hablar sobre el amor y la atracción entre las personas. Cuando ocurrió lo de tu enfermedad, yo le dije a Lucrecia que ya no podríamos seguir viéndonos porque tenía que dedicarme a cuidarte. Yo sabía la rivalidad que te tenía, pero jamás imaginé que llegaría a ese extremo.

—Así que fue Lucrecia quien me hizo matar, y por celos...

—No sólo te mató a vos, ¡seguro que también me liquidó a mí! Claro, maldita víbora, unos meses después de tu muerte ella me invitó a su casa. Debí de haber creído que ya nada se interpondría entre nosotros. La visité durante algún tiempo, casi como buscando consuelo a mi desesperación, mezcla de dolor y sentimiento de culpa. Pero un día, casi al año de tu muerte, cené por última vez en su casa. Me despedí de ella y le dije que lo nuestro quedaba definitivamente terminado. Me trató de degenerado, de enfermo y qué se yo cuántas cosas más. No recuerdo más nada. Seguramente esa asesina me envenenó.

—Bueno, Teodoro, por lo menos hemos descubierto la verdad. Ya no va a ser necesario que te sigas escondiendo en este altílo. Podés irte nomás para el otro mundo.

—Te lo debo a vos, Juan Ignacio. Lo único que lamento es que no hayas podido volver a la vida. ¡Qué paradoja! ¿Te das cuenta? Si hubieras muerto por mi culpa, hoy yo estaría condenado, pero vos habrías vuelto a vivir. Pero como quien te mató fue esa víbora, yo quedo libre de culpa mientras vos seguirás tan muerto como Gardel... ¡Ah, los misteriosos designios del Señor!

—Tengo que confesarte algo, Teodoro. Yo en realidad estoy vivo...

—¿Cómo...?

—Te mentí, no soy Juan Ignacio, mi nombre es Pablín. El espíritu de Juan Ignacio está encerrado en el espejo de su habitación. Él me pi-

dió que, aprovechando nuestro gran parecido, averiguara por qué vos lo habías matado (porque eso es lo que Juan Ignacio cree), para así liberarse y proporcionarte a vos lo que él piensa es tu merecido castigo.

—¡Por todos los santos, eso no puede ser!—exclamó Teodoro.

—Es así como te lo cuento, y te pido disculpas.

—Vayamos al dormitorio de Juan Ignacio para aclarar todo esto. Como verás, ya no tengo miedo de abandonar este altillo. ¡Ah, que hermosa sensación de libertad!

Bajamos del altillo y entramos en la habitación. Encendí la luz y los dos nos paramos ante el espejo. Allí estaba mi imagen con los pantalones cortos y la tricota marrón.

—¡Teodoro!—exclamó Juan Ignacio al ver a mi acompañante— ¡Has podido salir del altillo! Entonces... vos no fuiste mi asesino...

—Así es, Juan Ignacio—respondí yo—, alguien le ganó de mano, quiero decir... Pero, esperá, te vamos a contar todo tal como sucedió.

Entre Teodoro y yo relatamos a Juan Ignacio lo que habíamos descubierto en nuestro viaje al pasado. Cuando concluimos, los tres nos quedamos en silencio.

—Quisiera saber ahora— les comenté a mis dos amigos— por qué pude viajar con Teodoro al pasado si yo no estoy muerto.

—Creo que estamos a punto de aclarar ese misterio —dijo enigmáticamente Teodoro—. Lo primero que tenés que hacer, Juan Ignacio, es tratar de salir del espejo. Ahora que sabés la verdad sobre tu muerte nada te ha de impedir hacerlo.

—Es verdad— dijo Juan Ignacio—, vamos a ver.

Se aproximó, desde el lado de atrás, a la superficie del espejo. Sacó primero una mano hacia la habitación, luego la otra, después la cabeza y finalmente apoyó un pie sobre la parte inferior del marco y saltó hacia nosotros.

—¡Pude salir del espejo después de cincuenta años de encierro! —exclamó feliz.

Pero en ese preciso momento su figura se empezó a descomponer en el aire, a desdibujarse, algo así como si se estuviera volviendo transparente.

—¿Qué me está pasando? —dijo sorprendido— ¡Estoy desapareciendo!

—¡Yo también!—exclamó Teodoro mirándose las manos casi esfumadas.

Los dos espectros se estaban haciendo invisibles. Ya podían verse a través de sus siluetas vidriadas los muebles y otros objetos de la habitación.

Pero lo más sorprendente fue que mientras se producía ese fenómeno yo comencé a sentir que recuperaba lejanos recuerdos perdidos y extrañas sensaciones, como si mi memoria me devolviera hechos pasados, muy remotos, que había olvidado.

—¡Juan Ignacio!—dije asustado—, ¡estoy recordando cosas de tu niñez!

—Y yo siento que estoy entrando en tu mente —exclamó estupefacto Juan Ignacio, ya casi desleído por completo.

—¡Yo sé lo que está sucediendo! —gritó alborozado Teodoro—, ¡la pócima dio resultado! No fue suficiente para matar a Juan Ignacio pero sí para completar el proceso mágico de su retorno a la vida. ¡Por eso Pablín sos tan parecido físicamente a él! Cuando vos naciste, Juan Ignacio volvía a la vida a través de vos.

—¿Eso quiere decir que yo... no soy yo sino Juan Ignacio —balbucí consternado.

—No exactamente, no te alarmes. Vas a ser vos mismo, con tu propia memoria e historia. Vas a recordar borrosamente algunos episodios de tu primera vida, y tu personalidad adoptará características de Juan Ignacio, pero quiero creer que eso no va a afectar para nada a tu propia personalidad.

—¿Y yo...?—preguntó tímidamente lo que iba quedando de Juan Ignacio. (Las voces de los dos se iban atenuando como si se fueran alejando rápidamente de aquel lugar)

—Vos vas a vivir en él. Sos parte de su alma y lo vas a acompañar durante toda su vida. A mí no sé qué me irá a suceder, aunque no hice daño a nadie, tuve inclinaciones impropias y pensamientos que probablemente merezcan castigo...

Las dos etéreas imágenes se borraron por completo y la habitación quedó en silencio. La lluvia seguía golpeando furiosamente sobre la ventana. Me sentí repentinamente cansado y con sueño. Me tiré sobre la cama, así nomás como estaba, y me dormí inmediatamente. Cuando desperté se filtraban los rayos del sol por las celosías.

Me vestí y fui a la cocina donde mamá ya había preparado el café con leche con pan y manteca.

—Hola —saludé con un beso a mis padres.

—Buenos días —me contestaron sonrientes— ; ¿cómo dormiste anoche?

—Bien.

—¿No te dio miedo la tormenta?

—En realidad no, estuve toda la noche ocupándome de limpiar la casa de fantasmas.

—¿Ah, sí? —dijo papá riendo— ¿Y había muchos, che?

—Dos, pero quedate tranquilo que ya no están más— contesté yo todo serio.

Dentro de mí, Juan Ignacio se mataba de la risa, siempre con ese tonito tan simpático. Creo que vamos a ser muy amigos. Tal vez hasta podamos encontrar un reemplazante de Teodoro...



Enrique Arenz nació en 1942 en Mar del Plata, Argentina. Cuentista, novelista y ensayista, ha publicado once libros, incluyendo el presente. Fue columnista de opinión del prestigioso diario *La Prensa* de Buenos Aires entre los años 1986 y 1994. Fue asimismo colaborador del semanario político *Correo de la Semana* que dirigía el político y periodista Francisco Manrique. Es actualmente colaborador del diario *La Capital* de Mar del Plata y de varios medios gráficos y digitales.

Todos sus textos anteriores pueden leerse en su sitio oficial y bajarse para dispositivos móviles en formato PDF. Fue el primer escritor argentino que utilizó Internet y redes sociales para poner sus obras a disposición de los lectores.

SITIO WEB DEL AUTOR

enriquearenz.com

Correo electrónico:

enriquearenz@gmail.com

OTROS LIBROS DEL AUTOR:

Libertad: un sistema de fronteras móviles.

Ensayo, 1986.

Las mandrágoras han dado olor. Novela, 1999.

La pensionista.

Cuentos, 2000.

Cuentos de Navidad.

Cuentos 2001.

El error de los intelectuales.

Ensayo, 2004.

No confíes en tu biblioteca.

Cuentos, 2006.

Marplateros. Novela, 2009.

Historias de Tierra Santa.

Cuentos, 2011.

Mágica Navidad, veinticuatro cuentos para leer en diciembre.

Cuentos, 2012.

Cuentos de la oscuridad.

Cuentos, 2017.

El enigma del hotel Hispania

Novela policial, 2018